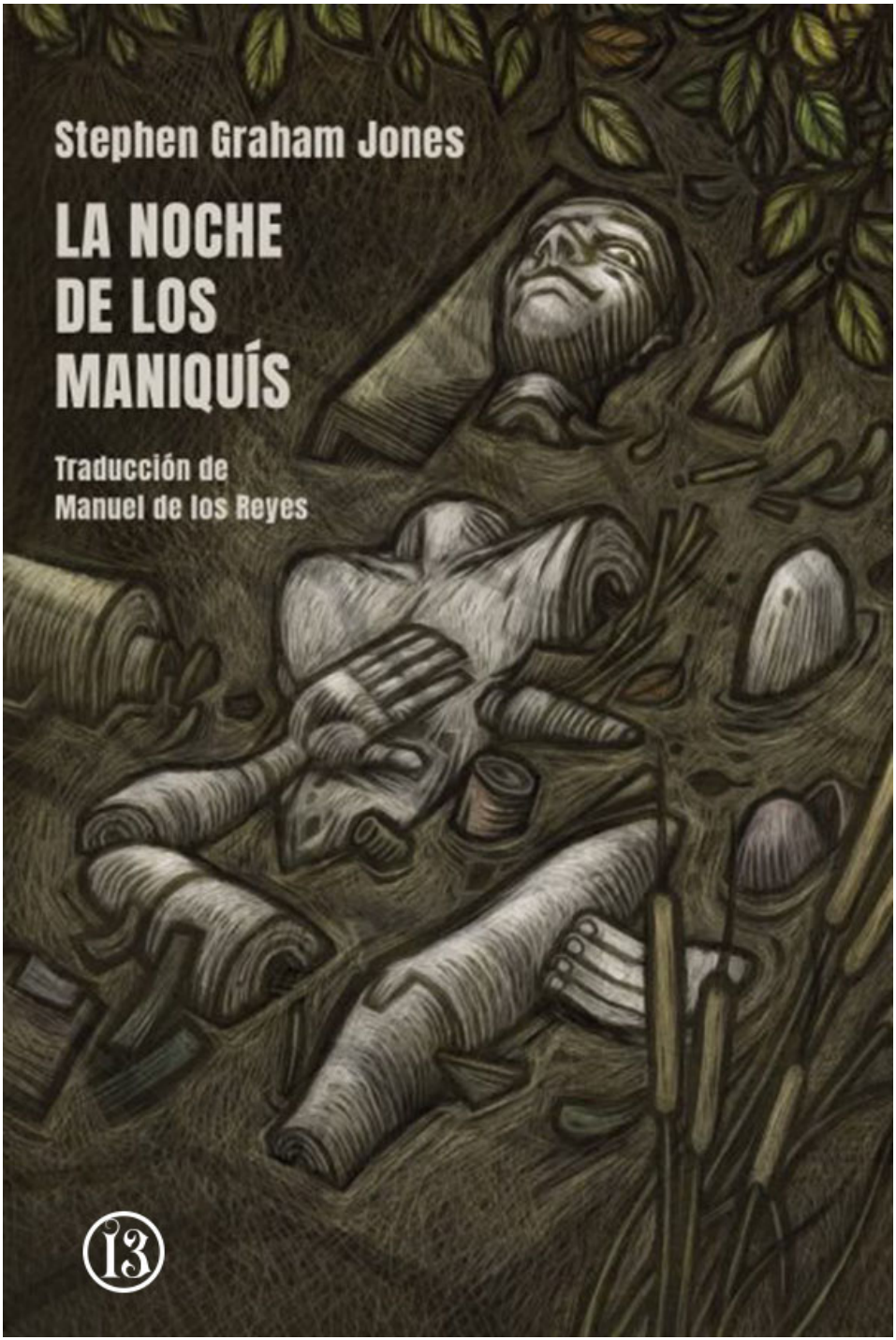
Stephen Graham Jones
LA NOCHE DE LOS MANIQUÍS
Traducción de Manuel de los Reyes
13

En Rockwall, Texas, un grupo de adolescentes en su último año de instituto, deciden gastarle una broma a una de sus amigas, que acaba de empezar a trabajar en los cines del pueblo. La broma no sale bien y se desata una matanza.

¿Quién es el culpable? ¿Hay un maniquí poseído o un asesino suelto? ¿O ambos?

Obra galardonada con el premio Bram Stoker a mejor novela corta 2020

Stephen Graham Jones

La noche de los maniquís

Título original: *The Night of the Mannequins*
Stephen Graham Jones, 2020
Traducción: Manuel de los Reyes, 2022

-

Revisión: 1.0

20/07/2023

Para mi hermano Spot, que está ahí

1

El caso es que, cuando Shanna empezó a trabajar en una sala de cine, se nos ocurrió que podríamos gastarle una broma para reírnos a su costa, pero ahora la mayoría de nosotros estamos muertos y, la verdad, empiezo a sentirme un poquito culpable por toda esta movida.

Me encantaría decir que la idea no fue mía, que se nos ocurrió a todos de forma espontánea, lanzando al aire piezas sueltas de la trastada para que el puzle se montara solo en el aire; una cuarta parte, plan mío, y otro cuarto de Danielle, con Tim y JR compitiendo por completar el resto.

Solo que, me temo, el artífice principal sí que fui yo. Dejad que os lo explique.

Para empezar, el curro de Shanna en el cine, ese tan grande que hay junto al lago. Iba obligada por su madre. No a trabajar como tal (Shanna llevaba pringando desde que estaba en la secundaria), sino a hacerlo allí en particular; sus cheques acababan directamente en la casa para pagar por lo que le había pasado al césped, lo cual es una historia muy distinta y para nada culpa mía, o no por completo. Si ella había elegido esos cines y no el minicine, ni el autocine, ni los gigantescos multicines que había un poco más lejos, saliendo por la 30 hacia Dallas, se debía, en principio, a que era el más importante de Rockwall, además del que estaba más cerca, pero también, y seguramente este sea el verdadero motivo, a que la madre de Shanna había salido con el encargado de seguridad del cine en cuestión cuando los dos aún estudiaban en el instituto y qué le costaba al

hombre echarle un ojo a la hija de esa ex suya de hacía mil años, nada, ¿verdad? O eso se pensaba él.

Dos semanas había tardado Shanna en explotar sus privilegios de acomodadora para colarnos por la salida de emergencia que había al fondo de la sala 14, la última de ese lateral y la que estaba más lejos de las oficinas de dirección, que era donde estaban los seguratas. Lo hacíamos, no tanto porque nos apeteciera mucho ver una peli, sino para disfrutar del subidón que suponía el no tener que pagar por ver una peli. Ya me entendéis. Total, que con las butacas numeradas como estaban, los cuatro teníamos que cambiarnos de sitio con uno de cada tres grupos de gente nueva que entraban. Aquello acabó delatándonos, el gerente se personó para comparar el número de cabezas presentes en la sala con el de las entradas que se habían vendido, y nosotros nos tuvimos que inventar que ya habíamos tirado las nuestras, porque ¿quién guarda los trozos de entrada? Lo malo era que se nos había olvidado cuáles eran nuestros asientos.

Creo que habría funcionado, podría haber funcionado, pero entonces al gerente se le ocurrió preguntarnos cuál era la película que queríamos ver, porque al menos de eso seguro que sí que nos acordábamos, ¿no?

Pues no mucho, no.

Para colmo de males, resulta que lo que se proyectaba en aquella sala era una de esas pelis rollo para gente mayor (cuatro vejetes que se escapan de un geriátrico, de sus cariñosísimos hijos y hasta de la cárcel del condado para echar una última partidita de golf), momento en el que decidimos encogemos de hombros y tirar la toalla. Antes pillados *in fraganti* que acusados de haber querido ver semejante bazofia.

Como todos íbamos a pasar al último año de instituto, lo mismo que Shanna, no tardaron en preguntarle a ella si nos conocía, por casualidad. Todos la desamigamos mientras nos escoltaban fuera de allí, por supuesto, pero eso no borraba las fotos, y había un montón. A pesar de todos los filtros y cartelitos con anotaciones, saltaba a la vista que éramos siempre el mismo quinteto, desde primaria hasta la

noche de los hechos, por no hablar del selfi de grupo que nos habíamos sacado en los asientos robados, y que habíamos colgado en su *timeline*.

Total, que el resultado de que nos hubiéramos colado allí sin tener la precaución de sentarnos en la primera fila hasta que empezara la función fue (A) que Shanna tendría que trabajar en tándem con un «proveedor de experiencias» de más confianza, y (B) que a partir de ese momento se haría un recuento de asistentes aleatorio durante la proyección de cualquier película de la que ella estuviera encargada.

Un marrón, sobre todo porque Shanna se podría estar sacando más en propinas si currara con Danielle en el lavadero de coches (debido al tema de los aseos portátiles, escaseaban las chicas que estuvieran dispuestas a pringar allí, así que las que lo hacían solían amasar billetes de diez y a veces incluso de veinte), pero todavía le faltaban seiscientos pavos para cubrir la factura del paisajista de su madre, así que estaba atrapada.

Pero bueno, lo de la broma.

JR vive en las quimbambas, ¿vale? Allá por Rabbit Ridge, a tiro de piedra de Heath. Detrás de la valla hay una colina muy grande por la que nos gustaba tiramos metidos en cajas. Chorradas de críos; con tanto revolearnos por la hierba acabábamos convertidos en un imán para todo tipo de bichos, por lo que dábamos la impresión de estar cubiertos de granos y espinillas mucho antes de pasar por la pubertad. El caso es que debíamos de estar en sexto cuando a Tim le dio por intentar batir su propio récord con la caja, intento que lo llevó a atravesar los árboles como un meteorito y aterrizar en el lecho de aquel arroyo pestilente, turbio y viscoso por el que nunca había discurrido ni una gota de agua, tan solo hilillos de barro.

Todos habíamos dejado de aventurarnos allí después de que Danielle hubiera sufrido una reacción alérgica por culpa de los robles venenosos, o la hiedra venenosa, o algo, pero venenoso, así que nos quedamos esperando a Tim, que volvía cojeando, con una brecha abierta en la cabeza y un brazo blanco, muy pálido, doblado a la altura del codo como quien intenta animar a su equipo.

Nos armamos de valor y cruzamos el bosque para ver qué era aquello y de dónde había salido.

En el fango negro del lecho del arroyo había un maniquí blanco, en bolas, un Ken gigante que extendía hacia el cielo el único brazo que conservaba unido a su cuerpo.

Me creeréis si os digo que nos pasamos todo el verano jugando con él.

Nos lo pasábamos de casa en casa, por turnos, transportando las piezas sueltas amarradas con cuerdas elásticas a las bicis o los patinetes, cuando no las metíamos como podíamos en alguna mochila de *camping*. Les robábamos la ropa a nuestros padres para vestirlo y dejarlo donde se nos ocurría. Le pusimos muchos nombres, pero al final nos quedamos con el de «Manny», porque era, en fin, un maniquí. Super-ingenioso, lo sé.

Cuando nos terminamos aburriendo de él, lo relegamos al garaje de mi casa, donde lo dejamos montado en la Kawasaki 750 que mi padre había aparcado para siempre después de que mi madre le hubiera prohibido volver a usarla, aunque eso no significaba que papá tuviese que venderla; no sé, siempre andan con broncas por el estilo, no se entienden ni ellos.

El caso es que Manny era una broma de nuestra infancia, antes de que la vida se volviera tan seria, cuando todavía no sabíamos ni lo que era un examen de acceso a la universidad. Para mí, la idea de rescatarlo para esta inocentada perfecta era una forma de homenajear a los niños que alguna vez fuimos, o algo por el estilo. Y lo mejor de todo era que Shanna sabría pillarlo a la primera. Eso era fundamental. Era nuestra forma de pedirle perdón por el rapapolvo que le habían echado en el curro. Bueno, y también por lo del césped que estaba pagando con lo que ganaba en ese trabajo. Por un montón de cosas, ¿vale? O sea, siempre había sido la más dura de todos, la más despiadada cuando hacía falta, la que menos se quejaba o lloraba por cualquier corte o rasponazo, pero eso no quitaba para que también le gustasen las cosas chulas, pensamos. Como que se te incluyera en la broma definitiva, la que algún día serviría para resumir nuestro paso por el instituto y, ahora mismo,

propulsarnos hacia el futuro de la forma más apropiada.

Así que volvimos a saquear los armarios de nuestros progenitores y rebuscamos en el baúl de los disfraces de nuestro antiguo fuerte, el que nadie había descubierto todavía, oculto en la espesura que se extendía detrás de Holy Trinity, íbamos a necesitar ropa para Manny, pero para nosotros también. Pantalones cagados como los de los noventa para esa noche de viernes.

Danielle se embutió un brazo entero del maniquí en la pernera, ante lo cual los demás hicimos…, no sé, como si apartáramos la mirada pero sin terminar de apartarla, ¿vale? Danielle sería siempre una de las nuestras, una chica, sí, pero qué más da, porque nunca había sido una candidata en potencia con la que salir. Más que nada porque ninguno de nosotros estaba saliendo con nadie, nos teníamos los unos a los otros y así quién necesitaba pareja, ¿verdad? O a lo mejor es que nos daba cague y usábamos eso de nuestra amistad como excusa, quién sabe. El caso es que ahora da igual. De todas formas, Shanna era prima tercera mía por parte de madre o algo por el estilo. Pero Danielle, lo que pasaba con ella, el porqué de que no nos lo hubiéramos planteado nunca siquiera…, seguramente tuviera que ver con el hecho de que todos nos habíamos visto con la nariz llena de mocos en primaria, todos habíamos pasado juntos por el instituto con la cara como una *pizza* margarita trufada de acné, y ahora todos compartíamos las mismas historias de miedo protagonizadas por el incesante aluvión de preguntas relacionadas con la universidad con las que nos acribillaban nuestros abuelos y los amigos de la familia. Es como si fuésemos demasiado íntimos como para pensar en liarnos, no sé si eso tiene sentido. Que uno de nosotros saliera con cualquiera de los otros no había sido nunca un concepto real, ni siquiera una remota posibilidad.

A pesar de lo cual, ¿cuándo vi cómo el brazo del maniquí se deslizaba por la parte delantera de sus pantalones? Entonces sí que tuve que hacer como si dejase vagar la mirada a lo lejos, muy lejos, no sé Tim y JR qué harían. A continuación, Danielle repitió la operación con el otro brazo y sujetó los brazos anudándose unos pañuelos para la cabeza alrededor de los muslos, todo ello mientras

una parte de mí se preguntaba por qué habíamos esperado tanto para jugar a este juego en particular.

—Eso hace dos extremidades —dijo JR, resaltando lo obvio.

Las piernas eran como mil veces más complicadas.

Terminamos yendo al taller del tío de Tim, en la parte vieja de Rockwall, donde el hombre usó una sierra de cinta para cortar las piernas por la mitad, de arriba abajo y de lado a lado, antes de taladrarles unos agujeros para acoplar unos tacos con los que poder volver a ensamblarlas. Como le habíamos contado lo de la broma que pensábamos gastarle a Shanna, añadió al lote un rollo de cinta adhesiva para sujetar las piernas cuando las montáramos. Meneó la cabeza mientras salíamos de allí, murmurando algo sobre lo maravilloso que sería volver a ser tan joven e idiota sin medida.

El tío mola, la verdad. Si alguna vez llego a su edad, creo que me gustaría parecerme a él, más o menos.

Total, con las piernas así troceadas, Tim se guardó las dos partes inferiores en su mochila más grande, y le echó encima una camisa de su padre. No daba el pego ni de coña, pero ¿quién de la taquilla se iba a arriesgar a preguntarle al pobre chico jorobado si intentaba colar algo de contrabando en la sala?

JR metió la mayoría de los trozos que faltaban en su vieja bolsa de futbol y se la sujetamos con cinta por delante, a modo de barrigota, porque que coincidieran dos jorobados en la misma sesión ya sería forzar un poco las cosas. Cogí el último pie, me lo coloqué bajo el brazo y miré al frente, al futuro incierto que nos aguardaba.

—¿Vas a llevarlo así, Sawyer? ¿Sin más? —preguntó Danielle, como si dudara de mi capacidad para superar el desafío que me había impuesto yo solo.

Asentí con la cabeza, pues claro, y no era mentira. Lo que hice fue embalarlo con cartón y cinta carrocera. La historia que pensaba contar era que mi madre me había encargado recoger una lámpara que estaban reparando en la tienda, pero como la ventanilla de mi coche (coche que no tenía) se había quedado atascada y ya no subía, lo que no iba a hacer era dejar el paquete allí, en el aparcamiento, a la vista del primero que pasara, ¿no?

Lo apostaba todo a que, aunque el cine hubiera ampliado sus normas sobre el acceso con mochilas y tal, dudaba que el nuevo reglamento contemplara qué hacer en caso de que algún espectador apareciera con una lámpara recién reparada. Además, en caso de que a alguien le diera por sopesar el paquete, enseguida se daría cuenta de que dentro no había ningún rifle de asalto ni nada por el estilo. Eso con JR no habría colado, porque todo el mundo sabía que su padre era un flipado de las armas de fuego y se daba por sentado que el niño había heredado los mismos genes con forma de bala, pero lo único que obsesionaba a mi padre era la autonomía en carretera de nuestro nuevo coche eléctrico, cuánto dinero estábamos ahorrando al mes, al año, gracias a él y cómo el futuro era híbrido, así que nadie iba a ponerme ninguna pega y podría superar el escollo de la taquilla hasta bailando claqué si me apetecía, seguro.

Para demostrarlo, metí la cabeza en una bolsa de supermercado, de esas de plástico, perfectamente visible para cualquiera que se dignase a echarle un vistazo. Pero, si vieras una cabeza humana en la bolsa de alguien que está haciendo cola frente a la máquina de bebidas, ¿tú dirías algo? O sea, ¿si el que estuviera sujetando esa bolsa fuera yo, con mi historial superimpecable y todas mis crisis emocionales ya muy lejos en el pasado?

Qué va, no me mirarías dos veces. Ni siquiera una, seguramente. Ni tú ni nadie.

El torso lo metimos en una bolsa para la basura que restregamos de arriba abajo con desperdicios de verdad antes de dejarla apoyada en la pared del callejón, junto a la salida de emergencia. Era la sala 4; Danielle había pasado discretamente por delante de la taquilla para comprobarlo, con todo el pelo en la cara como una chica más una noche de viernes cualquiera.

Conseguimos entrar sin problemas, pagando esta vez, y llegamos a la sala con la antelación necesaria para abrir la puerta de la salida de emergencia sin ningún contratiempo. Tim fingió una aparatosa caída por las escaleras en lo alto del pasillo opuesto, derramando su bebida por todas partes; JR se hizo el ofendido, dispuesto incluso a llegar a las manos, y así nadie se dio cuenta de que yo estaba

sujetando la puerta para que Danielle pudiera colar en la sala una bolsa de basura de lo más sospechosa.

Esperamos a que empezaran los tráileres para ensamblar a Manny, aunque para eso nos tuvimos que tumbar en el suelo, al pie de la primera fila. Aquello estaba asqueroso. Nuestros pelos y camisetas no paraban de quedarse pegados al suelo; todos habíamos oído el rumor de que a los jugadores de fútbol de último curso les gustaba sentarse en la fila de atrás, sacarse la chorra para mear sin llamar la atención y dejar que los regueros bajaran casi hasta la pantalla, donde nos encontrábamos nosotros ahora.

Cuando acabamos, con la garganta en carne viva después de todo lo que habíamos tenido que toser para disimular el ruido que hacía la cinta adhesiva, cada uno de nosotros se quitó una prenda previamente asignada, vestimos a Manny y completamos su atuendo con la gorra de los Redskins de mi padre, que irónicamente la reservaba para trabajar en el garaje y me habría extrañado que la echara de menos; de hecho, seguro que le venía hasta bien librarse de ella.

Cuando nos pareció que la pantalla se quedaba a oscuras contamos hasta tres, nos levantamos con él, lo acarreamos hasta el asiento que le habíamos reservado y tuvimos incluso el detalle de dejar el trozo de su entrada asomando por el bolsillo de la camisa, como la punta de un pañuelo todo elegante.

Ignorábamos si esa era la sala que le tocaba o no a Shanna (no le decían cuál le habían asignado hasta que entraba a fichar, aunque después podía cambiarla con el primer pretexto que se le ocurriera), así que, para elegirla, nos habíamos guiado por la película que más nos apetecía ver.

Se trataba de la tercera parte de una mastodóntica serie de superhéroes; las dos primeras ya las habíamos visto como diez veces, siguiendo su rastro desde este mismo edificio al minicine, al autocine que también hacía las veces de videoclub y a las copias piratas…, no en ese orden, necesariamente.

Para Manny, ni que decir tiene, era su primer contacto con la gran pantalla.

Ni pestañeó, el tío.

2

Tendríamos que habernos imaginado lo que iba a pasar. Estaba cantado.

Éramos unos soñadores, no obstante, y estúpidos. Y aparte, es muy probable que nos creyéramos inmortales. Al fin y al cabo, una de nuestras amigas trabajaba allí, ¿no? ¿Qué podía salir mal? Además, esta vez sí que habíamos pagado. Nos habían metido en una especie de lista negra, vale, pero ¿en serio se esperaba el gerente que respetáramos ese veto? ¿Qué quería, que pirateáramos todo lo que se anunciaba en su cartelera? Caballero, ¿no cree usted que eso iría en detrimento de la industria cinematográfica y contribuiría a aumentar los índices de criminalidad juvenil?

En fin, el caso es que JR bajó a las taquillas hacia la mitad de la peli, se llenó de Icee azul su vasito de plástico y le contó al chaval que llevaba la caja que alguien acababa de colarse en la sala número cuatro, un desgraciado que estaba alterando el orden público, repitiendo en voz alta todas las frases que decían nuestros héroes y heroínas… No sé muy bien cómo lo formuló, la verdad, pero dio resultado. Minutos después el gerente y el director irrumpieron con el segurata que era el ex de la madre de Shanna, muy serios, linternas en mano, con dos o tres proveedores de experiencias pisándoles los talones, supongo que para proveerse bien de experiencia. Pero luego, después de mucho susurrar entre ellos, el ex se piró y los demás se quedaron esperando pacientemente con la espalda contra la cortina de la pared; el gerente estaba venga a dar golpecitos en el suelo con la punta del mocasín, tap-tap-tap, como si

no se aguantara las ganas de ver lo que fuese que iba a pasar. Aproximadamente treinta segundos más tarde, la intensidad de las lucecitas que ribeteaban el borde de los escalones aumentó, provocando que algunos de los espectadores jadearan de asombro, y luego las candilejas sufrieron el efecto contrario, amortiguándose hasta apagarse del todo, llevándose con ellas todas las luces ocultas en las paredes y sumiendo la sala en unos cinco segundos de oscuridad absoluta, a excepción hecha del cartel luminoso de la salida, que supongo que nunca se apaga. Fue muy raro, me sentí como si la butaca se alejara *Rotando* conmigo, *como* si todos los asientos se hubieran despegado del suelo y estuviéramos ascendiendo, a la deriva, condenados a pegarnos el batacazo de nuestras vidas cuando las luces se encendieran de nuevo.

O quizá solo fuéramos yo y mi corazón, ni idea.

Mi refresco no estaba subiendo por la pajita sin que nadie lo sorbiera, en realidad, y tampoco las palomitas flotaban en suspensión a la altura de mis ojos. Seguro que lo que notaba no era más que un comprensible vacío en el estómago después de haber estado en un espacio público, rodeado de tantas personas, y al mismo tiempo sentirme absolutamente solo de golpe, no sé si me explico.

Salvo por esa luz verde parpadeante de la salida.

La usé como punto de referencia, me dije que no era cada vez más pequeña, que no se estaba alejando de mí, y me aferré a ella con todas mis fuerzas hasta que el segurata y ex, que estaba junto a los interruptores, dio con la combinación adecuada y subió ligeramente la potencia de las luces de las escaleras, como sin duda le habían ordenado que hiciera.

Y con esa nueva claridad…, ¡bien! Allí estaba Shanna, la proveedora de experiencias que habíamos rezado para que se viera involucrada en todo este asunto. Llevaba puestos los pantalones negros que Danielle le había prestado después de decirle que no hacía falta que se los devolviera, que tenían la mugre del cine incrustada en la tela, y también esa visera transparente de color verde que todos los empleados usaban últimamente para

promocionar el *estreno* de una peli protagonizada por empleados de banca o algo por el estilo. No viene al caso. La cuestión es que, aunque a mí no me vio (y le he dado muchas, muchísimas vueltas a esto), estoy casi seguro de que, aunque sí que había tenido que ver a Danielle, intentó apartar la mirada como diciendo «ayayay».

Y tanto que «ayayay», como pronto íbamos a comprobar.

El director y el gerente estaban recorriendo las filas ahora, inspeccionándolas de arriba abajo, y nosotros ocupábamos nuestros asientos, estratégicamente separados entre sí para que no se notara que íbamos juntos, para demostrar lo inocentes que éramos, intentando disfrutar sin más de la película que, insisto, habíamos pagado por ver, y cada nuevo trocito de entrada que se iluminaba bajo la tenue luz de una linterna nos acercaba un poco más a ese momento en el que tendríamos que aguantarnos la risa cuando comprobaran nuestros resguardos.

Habíamos dejado a Manny en el mejor asiento de toda la sala, por supuesto. Lo que equivale a decir que era uno de los más inaccesibles. Y como el director había empezado por arriba y el gerente por abajo, también estaba predestinado a ser uno de los últimos donde miraran. Me imagino que la idea, a lo mejor, era que, en una sala medio llena como esa en la que nos encontrábamos, cuando la película llevaba ya cinco o seis semanas en cartelera, los mejores asientos estarían ocupados, lo que significaba que quien se hubiera colado habría tenido que conformarse con lo que encontrara.

Yo ya estaba planeando cómo no contarle a Shanna directamente que había sido idea mía, pero seguro que no le costaría nada sumar dos y dos. Al fin y al cabo, todos sabíamos quién tenía aún a Manny, ¿no?

Iba a ser maravilloso, legendario y perfecto.

Hasta que el gerente llegó a esa butaca central.

No podía ver los ojos de Danielle, Tim o JR, ni los de Shanna, claro, pero notaba sus miradas puestas en mí, y entre ellos.

Lo que esperábamos era que el gerente se llevara un susto y se cayera por encima del respaldo de la butaca de enfrente, con suerte

encima de las palomitas de alguien, después de lo cual se apresuraría a disculparse con el pobre espectador y le tendría que traer otra tanda; o si no, que se pusiera a intentar prestarle al maniquí esos primeros auxilios para los que, según Shanna, todos los empleados del cine estaban cualificados por si acaso alguien se atragantaba con un caramelito cubierto de chocolate o cualquier cosa de esas.

Lo que pasó, en cambio, fue que el gerente apuntó con la linterna por debajo del nivel de las rodillas, como estaba haciendo para comprobar los resguardos sin deslumbrar a nadie, asintió con la cabeza y siguió recorriendo la fila.

Que qué cojones, ¿no? O sea, qué me estás contando, cabrón.

Me levanté de la butaca para, no sé, protestar, para explicar la broma y cantar sus alabanzas, enumerar toda la diversión de la que nos estaban privando, pero el tío que tenía detrás empezó a refunfuñar de inmediato, pidiéndome que volviera a mi sitio, así que me senté. Solo que el asiento era como si estuviera flotando, ¿vale? Aquello. No. Tenía. Sentido. Ni pizca. Vale que Manny llevaba encima una entrada, esa iba a ser la segunda parte del chiste cuando uno de nosotros la sacara del bolsillo de su camisa, pero lo que no podía hacer el maniquí era enseñársela al acomodador. Ocupar su asiento, sí, calladito y sin moverse; pero nada más.

Por otra parte, ¿no se había fijado el gerente en esas facciones como petrificadas, en esa mirada ausente, en esa sonrisita de muñeco articulado drogata?

Sacudí la cabeza, no, no, aquello no estaba bien, aquello no estaba bien ni de lejos. Si…, si la broma no funcionaba, entonces… entonces no funcionaba nada, ¿no? Nada era real. Todo flotaba a la deriva e iba a caer donde le pareciera, daba igual porque ya no existían las reglas.

Y entonces, cuando estaba en pleno proceso de olvidar cómo se respiraba, cómo gestionar las cosas, cómo no salir vociferando y perderme para siempre en las tierras de la locura, el gerente apareció a mi lado para comprobar mi resguardo. Como él era la autoridad y a mí ya me habían expulsado antes de allí, agaché la cabeza en piloto automático, que hiciera lo que tuviese que hacer y siguiera su

camino, pero Tim, mientras tanto, unas filas más abajo, no encontraba su trocito de entrada por ninguna parte. Menuda sorpresa. En lo que él intentaba explicarle que ya había pagado al gerente, este por fin cayó en la cuenta y lo reconoció, lo que enseguida degeneró en un drama de tres pares de narices que terminó salpicando a Shanna, aunque esta no tenía ni idea de nada, y los dos tuvieron que bajar escoltados por la escalera alfombrada.

Me esforcé por no mirar cuando pasaron junto a mí, prácticamente esposados. Junté las piernas, apunté con las rodillas para el otro lado y procuré que nadie me viese la cara.

Durante el resto de la película, en esa tierra de nadie que mediaba entre la broma fallida y la broma en proceso de fallar, en ese limbo imposible donde nada había salido como debía salir, no les hice ni caso a los superhéroes que desfilaban por la pantalla. Lo que acaparaba mi atención al ciento cincuenta por ciento era el tío que estaba sentado con la espalda muy recta en el centro de la sala, con su gorra roja y blanca ladeada aún en el mismo ángulo macarra con el que yo se la había puesto, condensados todos mis sueños y esperanzas en sus más de diez kilos de plástico de grandes almacenes, disparadas mis pulsaciones, concentrada como un láser mi mirada, la boca seca y todo cuanto creía saber escurriéndose gota a gota por la punta de mis dedos, mis oídos y hasta mi nariz.

Cuando salieron los créditos, Manny no se quedó esperando a ver la escena de regalo que todos sabíamos que iban a echar al final, sino que se puso de pie sin mirar ni a un lado ni a otro y salió desfilando con el resto de la multitud, moviendo las piernas rígidamente pero moviéndolas, al fin y al cabo, acompañadas de un balanceo de brazos tan limitado como el de una figura de acción.

Me incliné hacia delante, vomité en y a través del soporte para los vasos y, en un intento por disimular el estropicio, dejé mi bebida plantada encima del charco.

3

Durante el largo paseo de vuelta a casa, por las amplias avenidas que discurrían entre las mansiones estilo Ricky Ricón, Danielle y JR no paraban de soltar teorías sobre lo que debía de haber ocurrido. El motivo de que Tim y Shanna no estuviesen allí era que estaban en la cárcel del cine, de la que solo se salía bajo la furibunda mirada del papá o la mamá en quien hubieras decidido invertir la única llamada que te concedían.

Danielle estaba segura al noventa por ciento de que eso de que Manny se hubiera levantado y salido por su propio pie contaba como doble inocentada, concepto que yo sospechaba que ni siquiera existía. Según ella, un grupo de universitarios debían de haber visto cómo lo colábamos allí, se habrían acercado a hurtadillas, habían tumbado a Manny en el pasillo y lo habían acercado poquito a poco a la puerta, se lo habrían llevado así, sacándolo seguramente por partes, antes de que cualquiera de ellos se pusiera su ropa a hurtadillas durante alguna ensordecedora escena de acción. Por quién sabe qué razón. ¿Será algo automático eso de robar el primer maniquí con el que se tropiece uno?

—Es lo que habríamos hecho nosotros —concluyó Danielle.

JR y yo nos encogimos de hombros porque, la verdad, para qué molestarse en negarlo.

El contrargumento de JR era que el gerente sí que nos había reconocido a alguno de los cuatro y, de alguna manera, se había olido de inmediato exactamente lo que pretendíamos hacer, dado que no hay nada nuevo bajo el sol o como quiera que sea la estúpida

letra de esa canción. Total, que cuando apuntó para abajo con su linterna, tan solo estaba fingiendo. O no, porque tampoco habíamos podido ver si estaba alumbrando el resguardo de una entrada o la palma vacía de su mano.

Luego, a lo mejor porque hay una puerta secreta para acceder al proyector del fondo o algo por el estilo, se había llevado a Manny sin llamar la atención, se había cambiado de ropa con él y había vuelto discretamente para sentarse en la misma butaca, calándose la gorra en el último momento. Para darnos una lección, nada más; para acojonarnos.

—Pues lo ha conseguido —dijo Danielle, refiriéndose principalmente a mí, creo, porque mis músculos no paraban de temblar y convulsionar por culpa de la tensión, como si fuese a explotar de un momento a otro; a estas alturas supongo que debería añadir que era el tercer día seguido que se me olvidaba tomar la medicación. Suelen templarme los nervios para que la gente no se dé cuenta de lo que me pasa.

Esa noche no, sin embargo. Esa noche tenía las entrañas a la vista de todos.

—Pero, entonces, ¿qué hizo con Manny? —me obligaron a preguntar mis estúpidos nervios.

JR me observó durante cinco segundos, más o menos, como si estuviera intentando descifrar mi pregunta, y después no se le ocurrió ninguna respuesta. Lo único que dijo fue:

—¿Qué piensas tú, Einstein?

Le había dado por llamarme así desde que empecé a asistir a clases de Ubicación Avanzada, las cuales, según mi madre, me ayudarían a tranquilizarme haciendo que mi cerebro se distrajera con cosas más productivas en vez de obsesionarse con todo lo que no debía y después tuviera que recitarlo delante de quien quisiera escucharme. Total, que «Einstein», pues vale. Poco se puede hacer frente a un mote que es un insulto y un cumplido a la vez. Además, UA sí que había mantenido mi mente bastante ocupada. Hasta lo de hoy.

—No sabemos nada de él, ¿no? —murmuré para los dos.

—¿Del gerente? —dijo Danielle—. Por lo que cuenta mi madre, jugaba al baloncesto el año que fuimos a las regionales, pero no era titular.

—De Manny.

—¿A qué te refieres? —preguntó JR con la lengua pintada de azul por el Icee.

—A lo mejor no lo dejaron tirado en el barro así porque sí, ¿vale? —dije, mirándolos a los ojos por turnos para que calara el mensaje, primero a JR y después a Danielle—. A lo mejor llevaba allí desde siempre y nosotros, no sé, como que lo descubrimos por fin.

—Es igualito que los del escaparate donde trabaja mi tía —replicó Danielle.

—Seguro que está cabreado porque no tiene…, ya sabes —dijo JR, haciendo como si sujetara una manguera con las dos manos a la altura de la bragueta. Danielle giró la cabeza y puso los ojos en blanco, como hacen las chicas.

—Hablo en serio. —Dejé pasar un tiempo prudencial, como si estuviéramos sentados alrededor de una fogata de campamento, antes de añadir—: Yo no lo dejé sentado en la moto de mi padre. Y mi madre seguro que tampoco. Dice que le da mal rollo, tan paliducho y tal.

—Con lo cual, la lista de sospechosos se reduce a uno solo —dijo Danielle dándose unos golpecitos en la barbilla, como si se estuviera devanando los sesos—. ¿Quién resolverá este misterio tan misterioso?

—A mi padre le chifla esa moto —dije, poniéndome serio—. Él nunca…, él nunca bromearía de esa manera.

—Entonces fue Manny, ¿no?, que intentaba darse a la fuga. —JR había conseguido imprimirle una nota de preocupación a su voz.

—Mi padre estuvo a punto de palmarla con esa moto —repliqué de inmediato, consiguiendo, por mi parte, imprimirle una nota de agravio a mi voz.

Cuando uno habla de aquella vez que su padre se tiró tres semanas en el hospital, nadie tiene derecho a decir ni pío durante

diez segundos, lo menos.

—¿Por qué no se ha deshecho de ella? —preguntó JR.

—Es una chorrada como una casa. —Vamos, que no me apetecía entrar en detalles.

—A lo mejor alguien le pegó la patada desde un avión —dijo Danielle—. Me refiero a Manny. Hay un aeropuerto de esos pequeños por aquí cerca, ¿no?

—¿El aeropuerto de los dentistas? —pregunté después del instante que tardé en ubicarlo en mi cabeza, en la otra punta de la interestatal.

—A lo mejor le pegaron la patada a una persona —dijo JR, siguiéndole la corriente—, pero, mientras caía, solo le dio tiempo a lanzar un hechizo para transformarse en maniquí.

—Como si ese fuera el único hechizo que memorizan los brujos. O como si los brujos existieran en la vida real. A ver, que estoy intentando decíroslo en serio. Vosotros no estabais sentados en el mismo ángulo que yo. Vi que Manny se levantaba, y vi que Manny se marchaba sin ayuda de nadie.

—Pero si tiene las piernas empalmadas con taquitos de madera —protestó Danielle, supongo que esforzándose por ser la única adulta del grupo o algo por el estilo.

—Y nada más que un bultito aquí abajo —insistió JR mientras meneaba la pelvis de nuevo, esforzándose absolutamente cero por parecer un adulto.

—Durante todo aquel verano fue nuestro amigo —dije—. Y después nos olvidamos de él.

Ninguno de los dos me pudo rebatir aquello.

Nos despedimos con un encogimiento de hombros colectivo y tuvimos la indecencia de no llamar ni siquiera a Tim o a Shanna esa noche, después de lo cual Shanna pasó de llamarnos a nosotros durante toda una semana (tampoco era la primera vez que lo hacía, para fustigarnos), mientras que Tim se chupó tal castigo que ni siquiera tenía teléfono al que poder acercarse.

Quizá sea esto lo que pasa después del instituto, ¿no? O incluso durante los últimos compases del insti. Uno se va distanciando, no

llamar resulta cada vez más fácil, luego te olvidas del número y al final ves a tus amigos de toda la vida en la cola del cine o lo que sea y te dedicas a mirar a otro lado, porque ahora sería una situación muy incómoda. Como si no te conocieran mejor que cualquier otro ser humano en el mundo. Como si en cuarto no te hubieran derramado un vaso de zumo en los pantalones para que nadie se diera cuenta de que te habías meado. Como si no los hubieras abrazado cuando se quedaban a dormir a tu casa, consolándolos mientras lloraban porque su padre se había largado de casa. Como si mil cosas más, yo qué sé.

Porque no lo sé, de verdad. No tengo ni idea.

En cualquier caso, nosotros no vamos a llegar a esas situaciones incómodas, evidentemente.

¿O no sería tan evidente? Ni Danielle, ni JR, ni yo miramos atrás aquella noche mientras volvíamos a casa, pero, si lo hubiéramos hecho, seguro que habríamos visto una figura masculina, muy alta, que nos observaba desde debajo de la visera de su gorra de los Redskins, con los pantalones, la camisa y los zapatos de todo menos a juego, abiertos de par en par e intensos sus ojos pintados de azul. Absolutamente perfecta su pose.

4

Shanna fue la primera en caer. Y por «caer» me refiero a morir. Y por «morir» me refiero a que fue asesinada.

Es como si…, todavía formaba parte de nosotros, no sé, del grupo que había abandonado a Manny aquel verano tan idílico hacía ya tanto tiempo. Así que Manny debía de estar empezando por el exterior o algo; empezando por ella, que era la que estaba más lejos de la auténtica inocentada, antes de proceder hacia el interior.

Pringoso interior en cuyo centro exacto estaba quién, ah, sorpresa.

Total, que sí, vale, últimas noticias, Shanna murió cuando aquel Mack se salió de la vía de servicio para estamparse contra la pared de su dormitorio y seguir rodando a través de toda la casa. Tremenda catástrofe, espantosa tragedia con la que abrió el *Dallas Morning News* aquella mañana, su madre y su hermano pequeño despachurrados también, la comunidad entera llorando como una bolsa de magdalenas, vigilias con velas, actos conmemorativos, jornadas enteras con la bandera a media asta en el instituto y toda la pesca. «¿Por qué ellos?», se preguntaba la gente. «¿Qué habían hecho para merecer algo así?». «Es todo tan caprichoso, podría ocurrirle a cualquiera». «Podríamos haber sido nosotros, ¿verdad?».

Nadie tenía ninguna respuesta, claro, pero no porque no las hubiera sino porque nadie estaba preguntándome a mí, que me las sabía.

Aunque, ¿se lo habría dicho?

Con sinceridad, en aquel momento, yo no lo tengo tan claro.

Si hubiera dicho algo, sin embargo, está claro que nadie me habría creído. No hay ni un ápice de resquicio de posibilidad de que no me hubieran acusado de haber enloquecido de pena, de sentirme culpable por haber sobrevivido, de dejarme llevar por teorías conspiranoicas, de estar alucinando, tal vez incluso de mostrar los primeros síntomas de un brote psicótico, una ruptura con la realidad por culpa de, no sé, de nuestra broma fallida, que en el fondo había perturbado la misma naturaleza de lo que yo como un tonto había estado llamando realidad hasta ese momento, esa realidad, ya sabéis, en la que a los maniquís no les da por levantarse solos para ir de paseo.

A lo que voy es que hice muy bien no diciendo ni pío.

Pero podría haberles contado un par de cosas, si me hubieran querido escuchar. O, mejor dicho, les habría hecho un par de preguntas esclarecedor. ¿Y si lo del camión no había sido aleatorio? ¿Y si la madre y el hermano de Shanna no eran más que daños colaterales? Y la más importante de todas, ya que se aplicaba directamente a Danielle, Tim, JR y a mí: ¿y si de alguna manera, a lo mejor, es que Shanna se lo tenía bien merecido?

Que yo supiera (por lo que ellas mismas contaban, y las creíamos, por qué iban Danielle y Shanna a mentirnos), Manny era el primer chico al que habían besado, una de esas tardes de verdad o atrevimiento. Y aquel verano entero era…, no sé cuál había sido la mejor inocentada de ese verano. Había demasiadas, a cada cual más maravillosa e imaginativa que la anterior. Plantar a Manny en el jardín de unos abueletes, con la manguera abierta en una mano y la otra levantada para saludar al estilo de los años 50, en plan «acabamos de ganar la guerra, todo va sobre ruedas», a cualquier coche que pasara. Levantarlo entre dos hasta dejarlo con los ojos a la altura de la ventana del dormitorio de Danielle, en la primera planta de su casa, y conseguir que pegara tal grito que su padre estuvo a punto de pillarnos. Hacerle a Manny unos tatuajes con rotulador y restregarlos con limpiacristales repetidamente para dibujarlos cada vez más grandes, más llamativos, mejores y peores al mismo tiempo. Entrar en Kroger con su cabeza y ocultarla con los ojos abiertos

entre los melones para después salir corriendo con ella bajo el brazo, como si fuese una pelota de futbol, antes de que ningún dependiente o cajero pudiera pillarnos. Sentarlo en los bancos del parque, escondernos entre los arbustos y silbar con todas nuestras fuerzas para que los perros intentaran echársele encima, con sus propietarios disculpándose profusamente, intentando arrastrar a sus desenfrenadas mascotas de regreso a la normalidad.

A Manny todo le parecía bien, siempre estaba listo para la acción.

Hasta que un buen día nos dio por olvidarnos de él, como un guante de béisbol que ya nadie necesitara. Como un triciclo que se nos hubiera quedado pequeño. Como un amigo con el que hubiéramos decidido que ya no queríamos hablarnos.

Todavía puedo ver su mano levantada como justo antes de saludar, sin embargo. Esperando a que alguien pasara con el coche cerca de él, a que alguien le prestara atención.

Nos lo habíamos ganado a pulso, sí.

Lo único que lamento es que tuviera que haber empezado por Shanna, que ni siquiera había participado en la broma.

Pero si Manny hubiera empezado por mí, habría terminado muriendo mucha más gente, así que, en fin, Shanna, se siente. Supongo que no podría haber sido de otra manera. El bien común y todo eso, lo que en realidad solo es otra forma de decir el mal general, y, bueno, que un camión se salga de la vía de servicio y embista contra tu ventana a cien por hora…, qué más mal general quieres que eso, ¿no?

Pero bueno, sí, a lo mejor podría haber llamado para avisarte, vale. Debería haberlo hecho, probablemente. Y también es verdad que en aquellos momentos yo aún no había reunido todas las pistas, pero, no sé, al menos te podría haber contado lo del cascabeleo que se oía en el patio de atrás de mi casa. Cerca del cobertizo, sobre todo. Donde están los rastrillos, las palas, los tutores para esos tomates en los que mi madre siempre deposita tantas esperanzas…

Lo que no te conté fue que mi padre me mandó ahí fuera para ahuyentar al mapache o el chucho que estuviera montando ese

escándalo, pero, en vez de un mapache o un chucho, lo que vi fue una tira de piel tan pálida como una tirita entre la maleza, tan solo un instante. Casi se me para el corazón. Me quedé de piedra, sobre todo cuando, después de fijarme un poco mejor, acabé descubriendo un ojo pintado de azul que me observaba desde una grieta entre los arbustos.

Manny.

Cuando lo colocábamos por ahí, por aquí y por allá siempre se había mostrado muy rígido, nos costaba mucho conseguir que se amoldara a nuestros deseos.

A la altura a la que estaba ese ojo, sin embargo, no me quedó más remedio que imaginármelo agachado, en cuclillas, como un atleta en la línea de salida, con los pies apoyados aún en los tacos. Lo que significaba que las puntas de sus dedos, que siempre habían sido como el borde frontal de un remo, debían de estar sosteniéndolo, y para eso debían de estar desplegadas, separadas entre sí. Y sus pies tendrían que estar casi a un cuerpo de distancia por detrás de él, listos para impulsarlo y llevárselo lejos de allí, para evitar que lo pillaran haciendo lo que fuese que estaba haciendo.

¿Temblaría a causa del esfuerzo que le costaba mantener esa postura forzada? ¿Serían esos temblores los que provocaban que la mitad anterior de uno de sus muslos estuviera empezando a vencerse, a punto de soltarse el taco encajado ahí, en el ángulo exacto? ¿Seguiría llevando puesta la ropa descartada de nuestros padres o estaría desnudo, cosa que a él no debería importarle?

¿Se alegraba de verme?

Todavía pensaba esas cosas, entonces.

Así que, vale, tras salir de la sala de cine como una persona normal, se…, se habría dado cuenta de que no tenía adonde ir, no tenía por qué ir a ninguna parte, así que a lo mejor se había echado al monte o algo de eso, ¿no? A lo mejor se había pasado unas cuantas noches en el campo de golf antes de recordar dónde estaba nuestro antiguo fuerte, entre los árboles, y se había ido a mirar con la esperanza de encontrarnos siendo niños aún, siempre dispuestos a jugar con él, preparados todavía para reír y reír sin parar. Pero, me

imaginaba, debía de estar guiándose por unos recuerdos muy débiles. Unos recuerdos que lo habían conducido hasta allí, hasta el patio de mi casa, donde tal vez esperaba colarse en el garaje sin que nadie lo viera. Para darse a la fuga en la Kawasaki de mi padre, ahorrándonos el dilema de tener que enfrentarnos al sentimiento de culpa que nos producía el hecho de que él siempre estuviera en la periferia de nuestros asuntos. Esa es la clase de hombre que habría sido Manny, quiero decir, si pudiera haber sido humano.

No podía dejar el garaje abierto para él, sin embargo. Aunque consiguiera poner en marcha la motocicleta de mi padre, en realidad no habría sabido qué hacer para conducirla. Habría volcado con ella, igual que mi padre, y su tronco, su cabeza y sus extremidades se habrían desperdigado en todas direcciones, y la bronca me la llevaría yo, por supuesto, porque él no podría haber hecho algo así por su cuenta, solo es un objeto, Sawyer, intenta decir la verdad por una vez en tu vida, ¿quieres?

Pese a todo, tampoco podía dejar que se muriera de hambre, ¿no?

Le susurré que esperara, fui adentro y requisé todo lo que me imaginaba que le apetecería comer a un maniquí. Resultó ser un trozo de gofre, una bolsa de cacahuetes y unos sobrecitos de mayonesa.

Di dos pasos más allá de la luz del patio trasero, con el corazón desbocado, lo dejé todo en el suelo y salí corriendo, tan solo para volver treinta minutos más tarde y rasgar las esquinas de los sobres de mayonesa.

A la mañana siguiente las cosas estaban allí todavía, aunque esparcidas y espurreadas, como si Manny se hubiera dedicado a hurgar entre toda aquella basura, buscando algo que comer, y no lo hubiera encontrado. Pero la puerta del cobertizo se abatía de un lado a otro, empujada por la brisa, cuando la noche anterior había estado cerrada a cal y canto, sin duda. Sin sombra ni atisbo de duda, porque, de lo contrario, los mapaches siempre estaban atentos con sus antifaces ahí fuera, al acecho.

Entré de puntillas pronunciando el nombre de Manny, más que

esperanzado, como si fuese un escudo, supongo. Como si quisiera recordarle que lo había conocido una vez, hacía ya mucho tiempo.

A él no lo vi, pero sí vi uno de los sacos de Agro-Milagro de mi madre, con un lateral desgarrado de la forma más obscena posible y la mayoría de sus bolitas, no derramadas, sino lisa y llanamente desaparecidas. Tantas como habían logrado afanar aquellos lustrosos dedos de plástico, al menos.

—¿Esto es lo que comes? —pregunté en voz alta para que me oyera.

—¿Quién come qué? —replicó mi padre, plantado en la puerta abierta a mi espalda y, antes de que yo pudiera decir nada, me preguntó si había visto su gorra de los Redskins, momento en el que el traidor de mi cerebro visualizó el ángulo macarra en el que él solía ponérsela, y de golpe y porrazo entendí por qué se la había colocado a Manny de esa manera.

—A lo mejor es que mamá se ha despistado otra vez y la ha metido en el lavavajillas —murmuré sin mirarlo y con eso bastó, se esfumó como les gusta hacer a los padres, dejándome con aquella bolsa de abono esquilmada por toda compañía—. Estás creciendo, ¿verdad? —murmuré, dirigiéndome a la figura imaginaria de Manny.

Y la figura imaginaria de Manny asintió con la cabeza diciendo que sí. Que tenía hambre, estaba creciendo y se acordaba de nosotros, más o menos.

Aquella combinación de factores me produjo un tipo de intranquilidad especial. Una intranquilidad teñida de temor y mezclada con suspicacia.

Y luego fue cuando el Mack se salió de la carretera para estamparse contra el cuarto de Shanna. Sucesos sin relación, ¿correcto?

Pues no, falso.

Como todavía tenía sus datos en mi viejo portátil, entré en su cuenta para ver qué había estado pirateando la noche que la luz de aquellos faros atravesó su ventana. La idea, supongo, era que si la descarga se había interrumpido, podría completarla por ella,

proporcionarle al menos ese último gesto.

Se trataba de la misma película de superhéroes a la que habíamos ido con Manny. Me imagino…, me imagino que, trabajando allí, solo le daba tiempo a ver los créditos y la escena que venía después, ¿no? Y como todos habíamos visto juntos las dos primeras un montón de veces, ahora que estaba aislada de nosotros, cabreada con nosotros, comprensiblemente, ver la tercera le proporcionaría el consuelo de pensar que todavía éramos la misma piña de siempre. O a lo mejor es que le apetecía verla sin más, a saber. Mamá lleva razón, siempre estoy retorciendo las cosas, viendo motivaciones y agendas ocultas donde luego no hay nada.

Pero ¿precisamente esa película?

—No, no, no —dije, cerré el portátil y le apoyé la mano encima como si la verdad estuviera intentando rebelarse y poseerme a la fuerza.

El hecho de que se hubiera estado bajando esa peli me decía todo cuanto necesitaba saber sobre el funcionamiento del mundo.

Lo que había pasado era que un camionero se había quedado amodorrado al volante («amodorrado» es la segunda palabra favorita de mi padre, y la favorita sin discusión de su primogénito) e iba conduciendo como si no viese la carretera, en plan zombi, cogió la desviación sin darse cuenta de que estaba saliendo de la interestatal y entonces algo que lo esperaba agazapado en mitad del camino se incorporó de repente: un maniquí puesto hasta las trancas de fertilizante multiusos que ya debía de medir un metro ochenta o noventa de alto. O dos metros. Cualquiera habría pegado un volantazo para no atropellar a semejante pesadilla con patas, ¿no?

Pero Shanna ya debía de estar muerta cuando Manny le salió al paso a esos faros. Se la habría cargado no sé muy bien cómo, estrangulándola con sus manos de plástico, seguramente, antes de empotrarle un camión contra la pared para tapar sus huellas. Por eso nadie había conseguido identificar qué mancha de carne picada era ella, cuál su madre y cuál su hermanito, cuál era un perro y cuál era humana.

Debía de haberlo organizado así, Manny.

De lo contrario, se arriesgaba a que nos oliéramos lo que pensaba hacer con nosotros.

La cuestión era que no contaba conmigo.

5

Si la madre y el hermano pequeño de Shanna no hubieran fallecido momentos después que ella, con ella («y por culpa de ella», supongo que se podría añadir), todos mezclados, a lo mejor yo habría aceptado el curso natural de las cosas. Manny habría vuelto a las andadas (otra de las que le gustan a mi padre), habría vuelto a las andadas, como iba diciendo, a su gigantesca y jorobada manera para estrangular a Danielle, decapitar a JR, quemar vivo a Tim y, no sé, a mí a lo mejor me habría ahogado en la para él diminuta taza del váter, como tan bien me habría estado empleado por haber sido el artífice original de la inocentada.

A lo que voy es que todos nos lo merecíamos.

Habíamos leído *Frankenstein* en las clases de inglés de Ubicación Avanzada, así que sabía perfectamente que uno no puede darle la espalda a sus creaciones, sin más. No sin atenerse a las consecuencias.

Y, para que quede muy dato, lo que les había contado a JR y Danielle, eso de que yo no había sentado a Manny en la Kawasaki de mi padre, me lo estaba inventando. Porque sí que había sido yo, claro, para pegarle un susto a mi madre, para ser exactos, para que se le cayeran los huevos al suelo o algo igual de desternillante. Mi padre lo había dejado correr porque debía de pensar que así, al menos, alguien le estaría sacando provecho a esa moto de la que él no era capaz de desprenderse, pero en la que ya no podía montar.

Sin embargo, si me hubiera estado quietecito, para mí que a Danielle y a JR les habría costado menos creérselo. Creo que esto es

algo que debe de haberme contagiado mi madre, tan aficionada a tirar de abono para exprimir al máximo su jardincito. Porque la mentirijilla sobre Manny y la moto no era más que eso: un puñado de Agro-Milagro para que la idea germinara antes en la cabeza de JR y Danielle.

Además, por aquel entonces todo seguía siendo una broma, ¿a que sí?

Cien por cien. Por supuesto.

Vale que a Shanna iban a despedirla y la habían condenado a una temporada indefinida de arresto domiciliario, o que Tim estaba castigado sin salir hasta que se pusiera las pilas (la expresión favorita de su padre), hasta que se pusiera las pilas y dejara de ser un vil comparsa sin personalidad, aunque la broma ni siquiera había dejado al gerente tan en mal lugar como yo me esperaba, pero qué más da, ¿no?, tampoco había sido un fracaso absoluto. Siempre nos quedaría la historia de lo que habría podido suceder y no sucedió. Historia que, bien contada, vale casi lo mismo que la versión real de los hechos.

Total, que, para sorpresa de nadie, no pasó mucho tiempo antes de que todos los postes del vecindario apareciesen empapelados con cartelitos. Era evidente que a uno u otro hatajo de vándalos les había dado por colarse en los cobertizos de la gente para llevarse sus herramientas de jardinería e incluso los sacos de Agro-Milagro, seguramente («sin duda», era la expresión que más se oía repetida en voz baja), seguramente para llevárselo todo en sus camionetas y revenderlo en aparcamientos de dudosa reputación. Solo que con distinto envoltorio, evidentemente, porque nunca se llevaban los sacos enteros de fertilizante, sino su contenido, extraído por los boquetes practicados en el generoso y vulnerable vientre del saco.

Quién iba a imaginarse que los maniquís puestos en libertad se alimentaran de eso, ¿verdad? O sea, quién iba a imaginarse que el concepto de «en libertad» se pudiera aplicar a un maniquí, ya puestos, pero, en fin: abono para plantas de jardín, hay que ver.

El caso es que una parte de ese Agro-Milagro, la mayor parte, probablemente, no consistía tan solo en nutrientes y minerales. Que

hay mucha competitividad en el barrio, quiero decir. Y lo mismo que los atletas olímpicos pueden recurrir a los esteroides si creen que no los va a pillar nadie, también muchos de nuestros vecinos, con mi madre indiscutiblemente a la cabeza, habían estado recurriendo a los fertilizantes menos ecológicos del mercado, por no tacharlos de radiactivos. A sabiendas de lo peligroso que es jugar con ese tipo de cosas, no hablemos ya de ingerirlas. ¿Que cómo lo sé? Pues porque siempre había algún todoterreno del vecindario aparcado delante de uno de esos puestos donde venden hortalizas orgánicas, de las que no van a convertir a toda tu familia en una panda de mutantes deformes.

Así que Manny, intuyo, después de dos semanas cenando esa porquería todas las noches, ya debía de haberse vuelto tres o cuatro veces más grande que cuando lo vio aquel camionero. ¿Lo que significa? Lo que significa que estaría hecho poco menos que un *kaiju*. La versión en maniquí de Godzilla. Y con ese tamaño, con esas dimensiones tan colosales, con ese aspecto tan aterrador, el único refugio donde aún podría esconderse no era otro que el lago Ray Hubbard, cuyo nivel, casualidades de la vida, estaba como metro y medio más alto de lo normal, tanto que ya se habían inundado algunas de las casas más próximas.

En UA no se me dan bien las matemáticas, así que desconozco cuánta agua podrían desplazar quince metros de maniquí, ni relacionar esa cifra con la pendiente, la inclinación o como se llame de la orilla del lago que limita con Rockwall, pero si supiera echar las cuentas necesarias, sé sin lugar a dudas que todo encajaría a la perfección.

Manny ya era un gigante.

Y a su cortita y atontolinada manera, aún nos tenía en mente a los cuatro…, cuatro, porque ya no tenía que preocuparse por Shanna.

A ver, y quién me decía a mí que no era exactamente como el monstruo de Frankenstein, ¿no? A lo mejor no había matado a Shanna a propósito, sino que tan solo intentaba, no sé, darle un abracito o algo. A lo mejor sencillamente se había alegrado mucho

de verla después de tantos años. Pero es que, comparados con una criatura como esa, nosotros somos muy frágiles. El pobre no conoce su propia fuerza. Lo único que sabe es que se siente solo, y probablemente también tenga miedo. Y le trae sin cuidado cuántas madres, padres, hermanitos o hermanas se interpongan en el camino que debe recorrer para acabar con su soledad, para dejar de estar asustado y sin nadie con quien jugar.

O…

O a lo mejor es que nos odia, sin más.

Porque lo recuerda todo, hasta el último detalle, y se ha pasado los tres últimos años aguantando que nos paseemos por el garaje de mi casa sin dignamos echarle un vistazo siquiera a nuestro antiguo mejor amigo.

Fuera como fuese, estábamos sentenciados.

De verdad, acabaríamos antes si nos quitáramos de en medio nosotros solitos. Solo que eso, por supuesto, les partiría el corazón a nuestros padres y sentaría un ejemplo deplorable para nuestros hermanos, aparte de que todos los alumnos del insti tendrían que asistir a un montón de charlas interminables sobre lo que había que hacer si te invitaban a participar en un suicidio colectivo y nadie quería que lo recordaran así. Mucho mejor acabar en un mural dedicado a las víctimas de asesinato, ¿verdad? La pared de los que murieron demasiado jóvenes.

Hablo en plural, por cierto, y me incluyo, porque doy por sentado que todavía formamos una pandilla, pero lo cierto es que Tim aún tenía prohibido hablar con el resto, y cuando sondeé a JR con una sutilísima insinuación de que «Manny es un gigante que quiere acabar con nosotros», para luego poder ir juntos a convencer a Danielle, el tío no paró de preguntarme si estaba de guasa, si lo había visto en alguna peli o qué leches pasaba conmigo. Mientras tanto a Danielle, por motivos incomprensibles para cualquiera con un mínimo de cordura, un atisbo de buen gusto o un pelín de amor propio, le había dado por empezar a salir en serio con Steve, de su grupo para el anuario, lo cual me dejaba básicamente a mí solo para frenar la orgía de destrucción del maniquí gigante, ¿no?

Sawyer, el único que sabía de qué iba la cosa. El único que entendía que Manny se quisiera vengar de nosotros, pero que no se cargara a nuestras familias en el proceso, por favor, eso no molaría nada.

Dicho así, la verdad, suena heroico.

Aunque no fuera esa la impresión que me daba.

El primero fue Tim.

6

Lo que hice para prepararme para hacer lo que tenía que hacer fue bajarme, no la película en la que habíamos colado a Manny (el ping de ese servidor sería como un reclamo para que Manny viniera a asesinar a toda mi familia), sino una entrega anterior de la serie. Llegué incluso a alquilarla legalmente el día antes y dejé que se reprodujera en el portátil las tres horas del copón que duraba, para que se terminara justo antes de que se acabara el plazo del alquiler, siempre y cuando nuestro rúter no se *reseteara*. Traducción: estaba en casa todo el rato intentando grabarme esa película a fuego en la retina antes de que se desvaneciera. Habría que estar loco para no verla después de haberla alquilado, ¿no? Sobre todo si solo me quedaban tres horas antes de que expirara el alquiler y con el recordatorio cada pocos minutos de que estaba tirando el dinero de mi tarjeta regalo.

Mi padre me habría defendido, posiblemente, llegado el caso. Reforzar las conductas responsables es muy importante. Daba igual que tuviéramos el DVD de esa misma peli muerto de risa en la sala de estar, comprado por él para que pudiéramos fortalecer nuestros lazos viendo escenas de acción o aprender algo sobre el honor y otros valores por el estilo mientras hacíamos como si ninguno de los dos estuviera más pendiente de esos trajecitos tan ajustados que otra cosa. Lo importante sería la parte relacionada con eso de las «conductas responsables», siendo como era la «primera vez en la historia de la humanidad» (frase mía que él me había robado vilmente y no paraba de utilizar en mi contra), siendo como era la

primera vez que yo exhibía un comportamiento tan impropio de mi adolescencia.

Total, que el plan se había puesto en marcha. Mi coartada estaba reproduciéndose en mi cuarto, donde no estaba yo.

El paso siguiente fue doloroso, más de lo que os podríais imaginar, estoy seguro de que me arrancó un pedacito de alma y me obligó a tragarlo, pero la causa lo merecía.

El caso es que, y no es que esto vaya a pillar por sorpresa a nadie, pero el caso es que Tim, aparte de esa hermana mayor que acababa de entrar en la universidad, también tenía dos hermanos pequeños, ¿vale? Por no hablar de unos padres que tampoco dejaban tanto que desear, la mayor parte del tiempo, unos padres que estaban en su derecho de castigarlo por haberles hecho ir a recogerlo al cine para una noche que se animaban a salir por ahí. Como todas nuestras familias, sin embargo, eran daños colaterales en potencia, inocentes a los que Manny aplastaría cuando reventara el techo para llevarse al niño con el que tanto había jugado antes, el niño que tanto lo había querido antes.

Y, por supuesto, todos habíamos cogido en brazos a los hermanitos de Tim cuando eran unos mellizos recién nacidos, habíamos cuidado de ellos, y su madre había hecho de carabina en nuestras fiestas en la bolera y nuestras visitas al museo, había grabado en vídeo nuestros recitales, y su padre…, bueno, supongo que su padre nunca había hecho nada superespecial, pero tenía un coche viejo en el garaje y siempre estaba diciendo que Tim y él iban a pasarse un fin de semana arreglándolo juntos. Era mucho más que un simple entretenimiento de domingo por la mañana, más en plan «reconvertir el carro hasta dejarlo irreconocible», pero bueno, con los padres, la intención es lo que cuenta. Su padre tenía muchas intenciones, eso seguro. La hermana de Tim quizás escapara con vida cuando llegase Manny, pero solo porque vivía en una residencia de estudiantes, en Denton. Aunque, quién sabe, a lo mejor Manny se presenta uno de esos días en los que ella vuelve a casa para poner lavadoras, ¿no?

No soy ningún genio de las matemáticas, como ya he dicho

antes, pero hasta yo entiendo que la muerte de un chaval de instituto trae más cuenta que la de una familia al completo. Quizá sea el detonante incluso de que, no sé, los cuatro supervivientes se sientan más unidos que nunca, que velen con más empeño los unos por los otros, que hagan más viajes juntos. El padre de Tim, su expadre, su antiguo padre, su padre de luto, lo que sea, a lo mejor su padre se anima así a bajar al garaje con los mellizos para que le ayuden ellos a reconvertir su birria de coche.

La cuestión, sin embargo, habida cuenta de que yo era el único que sabía la colección de hamburguesas en la que Manny se había propuesto convertir a nuestra bromista pandilla, era que la responsabilidad de hacer algo al respecto recaía sobre mí en exclusiva. Avisar a Tim no serviría de nada. Podría intentarlo, podría averiguar en qué juego estaba metido y ponerle algo por el chat, pero ¿qué le iba a decir? «Oye, Tim, que Manny se ha zampado el fertilizante de mamá, tío, y si quieres salvar a tu familia, más te vale, no sé, colgarte del perchero que hay en tu armario o algo por el estilo, ¿vale? ¿Lo pillas?».

Su primera pregunta, probablemente, sería algo así como «¿y por qué yo?», en plan, por qué solo él, en plan: ¿Y por qué no te ahorcas tú también, Sawyer?

Y no le faltaría razón. La gente a la que se le pide con toda educación que se quite la vida suele tener un montón de preguntas incisivas y muy pertinentes. Tendría que explicarle que yo también lo haría, debería hacerlo, iba a hacerlo, pero, de momento, era el que iba a salvarlos a todos. Se acercaba definitivamente mi hora, no obstante. Si quería que mi familia saliera con vida de esta, ya no podía ser una víctima a pie de página, sin más. Pero antes tenía que darme prisa y poner manos a la obra, salvar a las familias de todo el mundo hasta que a Manny no le quedara nadie por matar y desistiera de su empeño.

Además, o sea…, ¿que la madre de Tim lo encontrase ahorcado en su armario, en serio? Eso le partiría el corazón, lo más probable es que la familia se terminara disolviendo igualmente, solo que más despacio. Huir tampoco era una opción. Desde su altura, Manny

nos vería desperdigándonos por los límites del condado y empezaría a seguirnos con sus inmensas zancadas, arrollándolo todo a su paso, sin pensar. Y entonces no morirían únicamente nuestras familias, sino otras familias sin la menor relación, a decenas. A cientos. Las fuerzas aéreas tomarían cartas en el asunto, seguramente, y los noticiarios de por la noche convertirían a Rockwall, Texas, en el último gran incidente de interés nacional.

No, debía encargarme yo. Había que echarle huevos, como siempre me estaba diciendo mi padre.

Cuánta razón tenías, papá.

Te agradezco mucho el consejo.

7

Así que, con la peli esa puesta en el portátil; con la puerta del garaje levantada todavía, como yo la había dejado «por despiste» después de cenar; con la lámpara automática del techo, apagada hacía rato; despejé un caminito enfrente de la vieja y pesada Kawasaki de mi padre, la saqué a la acera, pasé una pierna por encima del sillín de cuero crujiente, dejé que la gravedad y la larga pendiente que bajaba hasta Wilshire nos dieran impulso, y accioné el embrague cuando llegamos abajo.

Con el motor en marcha, el enclenque faro de la moto se encendió y el haz apuntó a la cuneta, cortesía del tremendo trompazo que se había pegado mi padre. Estiré el brazo, enderecé el foco hasta que el círculo de claridad cayó sobre el centro de la carretera y lo seguí. Los apoyapiés y el manillar del lado derecho estaban doblados y retorcidos, limado hasta la mitad el pedal de freno del mismo costado, y el puño del acelerador se atascaba, pero JR tenía una moto de *cross* que todos habíamos usado sin parar, alrededor de su casa, en el primer año de instituto. Después de habernos estampado contra el suelo como cien veces cada uno, una moto de paseo vapuleada era pan comido, un juego de niños, como montar en el poni más dócil del mundo.

Apagué el motor cerca de la casa de Tim, dejé que la inercia me llevara hasta los árboles y me tensé porque, al haber quitado la luz para recorrer ese último tramo, cabía la posibilidad de que acabara partido por la mitad por culpa de cualquier alambrada que no vería hasta que ya fuese demasiado tarde.

Cinco minutos después crucé la puerta corredera del lateral del garaje que su padre había reconvertido en una habitación aparte para su mesa de billar, solo que, después de gastarse un dineral en nivelar el suelo de hormigón, se había quedado sin presupuesto para comprar en Craiglist lo que quería instalar en ese suelo recién nivelado.

La puerta que comunicaba el garaje con el interior de la casa tenía echada la llave, pero esta se encontraba en el buche de una rana de cerámica en la otra punta del cuarto. Me disculpé con la ranita por hacerla cómplice en esto. Me imaginé que la rana se pensaba que era un perro guardián, que llevaba un montón de años protegiendo a la familia de Tim. Y por qué no, ¿no?, si los maniquís pueden hablar y andar por ahí.

Transcurridos dos minutos de mi susurrada disculpa, me alzaba sobre la figura dormida de Timen la habitación que para mí seguía siendo la de su hermana mayor, puesto que él se había instalado en ella hacía poco. Se había quedado frito en la silla de oficina, delante del escritorio, con su soldado regenerándose en bucle en el monitor, dado que era un juego *hackeado* de esos que no te dejan perder.

Moviéndome muy despacio, sin hacer nada de ruido, me deslicé junto a él, alargué el brazo y liberé del bucle a su personaje; pese a todas mis precauciones, Tim estaba observándome con los ojos adormilados cuando me incorporé, como si estuviera soñando.

—¿Saw? —murmuró con voz ronca, murmullo que degeneró en un bostezo, y de todos los instantes que duró la operación, este fue el más interminable de ellos, con diferencia. Era como si el mundo fuese un globo inmenso que se hinchara a mi alrededor, como si todo se distendiera a la vez y la presión me golpeara por todos los flancos con cada aliento que tomaba. No me esperaba que pronunciara mi nombre, o sea, no me esperaba que usara ese nombre por el que ni él ni nadie había vuelto a referirse a mí desde que íbamos a tercero. No me esperaba que no diera un respingo al verme allí de repente, en su habitación, con mi camiseta interior negra de manga larga, la de esquí, el pasamontañas también negro de mi madre en la cabeza, enfundadas las manos en unos guantes de

cuero igualmente negros a pesar del calor que hacía, todo lo cual debería haberle indicado cuanto necesitaba saber sobre mis intenciones.

Es posible que en mis ojos se reflejara un brillo especial, que hubiera un leve temblor en mi voz; y en mi pecho, un vacío helado que yo no había experimentado hasta entonces.

No es nada fácil matar a tu mejor amigo. A uno de ellos, al menos.

Pero, me dije, era la única manera de salvar a su familia de Manny. Era lo mejor para todos. No había otra salida. Si él pudiera, si lo supiera, me suplicaría que acabara ya de una vez.

—Lo siento, T-man. —Me puse a su espalda con un rollo de cable luminoso en mis manos, rodeándole el cuello con fuerza, como hacen siempre los espías en las películas, como si la tráquea tuviera vértebras y hubiese que deslizar el alambre entre dos de ellas.

El alambre era un filamento, o cuerda, o como quieras llamarlo, de esos que brillan en la oscuridad, extraído de la desbrozadora nueva a la que mi padre todavía no me dejaba acercarme. Lo del brillo en la oscuridad era una bobada tremenda, porque quién sale a desbrozar nada de noche, todos los vecinos se quejarían del ruido, pero, en fin, el trasto que había comprado mi padre era el último que quedaba en la tienda y venía con un par de gafas de seguridad tintadas de tal modo que el cordón reluciente resaltaba un montón, para que uno pudiera eliminar la maleza a placer.

Por lo que al cordel en sí respectaba, era como un sedal pero cien veces más resistente, solo se partiría si se estrellaba contra un bordillo de hormigón diez mil veces a toda velocidad. Me sujeté a él mientras me dejaba caer hacia atrás, aferrando en mis puños los extremos enrollados a unos joysticks reconvertidos porque sabía que, de lo contrario, el alambre se me iba a escurrir de los guantes.

Tim chocó conmigo de espaldas, intentando evitar el estrangulamiento, y yo afiancé los pies en el suelo, dejé que pateara su mesa, moviendo el ratón y cambiando las pestañas de su pantalla, iniciando el vídeo que tenía preparado de fondo, detrás del juego, para cuando llegara al siguiente nivel y se pudiera tomar un

descanso.

Era la peli a la que habíamos ido con Manny. La misma que Shanna había estado pirateando.

El alambre se aflojó un poco en mis manos.

—¿Por qué…, por qué esta, precisamente? —murmuré sin pensar.

Pero él, en vez de contestar, se limitó a tirar del cable con los dedos, tiraba como, si yo lo soltara, por favor, a lo mejor podía explicarme por qué estaba viendo esa película precisamente esta noche, pero yo ya había llegado demasiado lejos para parar, no podía permitir que tomara el aliento necesario para responderme porque era muy posible que después me faltase valor para retomarlo donde lo había dejado. Solo que, a su manera, sí que me ofreció una respuesta. Hurgó en el bolsillo de los pantalones, pataleando hasta dar con el ángulo adecuado, y sacó el trocito de entrada que no había conseguido encontrar la noche de la broma. Como si enseñármelo ahora significara que «tenía un pase», supongo. Y sí que lo tenía, más o menos. Había pagado por la peli, así que descargársela ahora no era más que canjear por fin esa entrada, ni siquiera podría calificarse de ilícito. Aun así. Yo no era ningún acomodador, ¿vale? No tenía ninguna linterna en la mano con la que apuntar a ese resguardo y volverlo real. Era algo completamente distinto.

Guiñé los ojos, solidarizándome con su dolor, y tiré hacia atrás con más fuerza, dejé que se manoteara el cuello, esas vías respiratorias por las que ya no podía pasar el aire, clavándose las uñas hasta el punto de hacerse unos arañazos enrojecidos de sangre brillante. El trozo de entrada cayó revoloteando hasta posarse en la punta de mi zapato derecho.

Podía ver su rostro reflejado en el monitor, agonizante, debajo de mis ojos enmarcados por el pasamontañas, llorando.

—Te quiero, te quiero —le dije mientras forcejeaba por última vez, porque no quería que se muriera más asustado de lo necesario. Me temblaban los hombros, notaba los antebrazos en llamas, y si no me hubiera puesto los guantes, tendría las manos ensangrentadas y

estaría dejando todo tipo de pruebas incriminatorias.

Se desplomó hacia delante por fin, y esta era la parte que no me esperaba, la parte que no sale nunca en las pelis de espías. Sus músculos, ya sin sangre que circulara por ellos, supongo, manteniéndolo todo fluido y bien engrasado, empezaron a chirriar de inmediato, si es que eso tiene sentido. Podía notarlos frotándose entre sí, quiero decir, entregados a una fricción que permitía intuir que iban a quedarse trabados en cuestión de minutos, en cuanto la sangre se condensara en las extremidades inferiores, como nos enseñan todos los episodios de CSI.

Lo solté enseguida y me aparté de un empujón, convencido de repente de que esa sensación rechinante iba a escaparse de él para introducirse en mis músculos, para dejarme moribundo también, o matar al menos una parte importante de mí. Supongo que eso fue lo que ocurrió, de todas formas. Me dejé caer encima de la cama y lloré hasta vaciarme por dentro, hasta vomitar casi, volví a levantarme y aporreé la estúpida almohada de Star Wars, odiando a Manny por obligarme a hacer algo así. «No es culpa mía», quería gritar. No debería sentirme así, sentir eso. Yo era el héroe de la historia, no el malo. Estaba salvando vidas. Las pocas que arrebatara en el proceso no deberían contar en mi contra, no deberían dolerme tanto por dentro. No si las comparaba con toda esa gente que no iba a morir.

Por fin empecé a respirar hondo, con la garganta en carne viva, jadeando como un fuelle roto.

Cuando me sentí capaz, observé a Tim muerto en su silla, con la película de superhéroes que no había podido ver nunca reproduciéndose justo delante de sus narices.

Varias horas demasiado tarde, debido a mi inexperiencia como criminal, ladeé la cabeza para detectar cualquier posible sonido procedente del resto de la casa. La operación no había sido un prodigio de discreción, la verdad.

Sin embargo, allí no había ningún perro que pudiera dar la alarma con sus ladridos, los hermanos pequeños de Tim tenían el sueño tan profundo que a veces caminaban sonámbulos, sus padres estaban en la otra punta del edificio y Meg, su hermana mayor,

debía de estar en alguna fiesta universitaria o algo por el estilo, seguro que su familia, su casa, sería lo último que se le pasaba por la cabeza en esos momentos.

Volví junto a Tim y me sequé los ojos con la manga.

Sabía que no podía dejar que nadie pensara que eso se lo había hecho él solo. Podía hacerle ese favor, por lo menos, o no añadir ese agravio, o lo que fuera.

Para asegurarme de que su madre no tuviera que cargar con el inesperado suicidio de su hijo durante el resto de su vida, saqué los cuchillos del rastro que había traído a modo de plan B y los usé para clavar a Tim a la pared como un insecto en clase de biología. Las manos fueron fáciles, aunque sujetarlo con el hombro al mismo tiempo distara de serlo, pero los pies es evidente que deben de estar llenos de huesecitos o algo, no se parecen en nada a las ranas. Al ver que no podía traspasarlos, ni siquiera aporreando el mango del cuchillo más grande con la suela de una de sus botas de invierno, me conformé con deslizar los cuchillos a través de la piel extra de sus tobillos, encajando como pude la punta de las hojas en la pared. El resultado no ganaría ningún premio al mejor refuerzo estructural ni nada de eso, pero tenía pinta de que aguantaría y, ahora que las dos manos, y los pies, estaban clavadas a la pared nadie podría decir que Tim se había quitado la vida. Era una víctima. Más aún, puestos a desarrollar esa idea, era una víctima al azar, un asesinato envuelto en circunstancias muy misteriosas, una muerte tan inesperada como la de Shanna.

Los chicos del instituto se acordarían de él durante años. Para siempre.

—De nada, tío —le dije, y apoyé la frente en su pecho mientras contaba despacio hasta diez, un ritual real que me parecía importante, que lo significaba todo, significaba lo suficiente, y luego me fui por donde había venido, limpié la llave hasta dejarla reluciente y la dejé caer con un tintineo en el buche de la ranita.

Diez minutos más tarde tuve que empujar la moto de mi padre los últimos veinte metros que faltaban para llegar al garaje, porque no había adquirido la inercia necesaria para rodar en punto muerto

hasta allí.

Tendría que remediar eso para la próxima.

Ya estaba aprendiendo.

8

Transcurridos dos días, convoqué una reunión de emergencia para los que aún no estábamos muertos.

No para envenenarlos a todos, ni para detonar algún artefacto casero. Eso me habría evitado muchos quebraderos de cabeza, para qué negarlo, pero ¿os acordáis de lo de nuestras familias? Un puñado de críos asesinados uno por uno sin motivo aparente es algo que puede unir a madres, padres, hermanos y hermanas, pero cuatro críos jugando con explosivos en el muelle curvo, o embarcadero alargado, o como se llame eso que hay detrás del Twisty Treats, durante lo que habrían sido las siete de la tarde un día de entre semana, esa era la clase de tragedia innecesaria que podría dejarlos a todos traumatizados, buscando vicios, adicciones y aventuras extramatrimoniales con las que llenar el vacío.

Yo fui el primero en llegar, pero como me quedé vigilando entre los árboles del parque, supongo que el primero fue más bien JR.

Quería ver si él podía notar algo procedente del agua, donde Manny debía de estar durmiendo. Quería ver si el lago chapoteaba con más brío en la orilla, agitadas sus aguas como si Manny estuviera sintiendo una perturbación en la fuerza.

Pero JR se limitó a entretenerse arrancando astillitas de las tablas del embarcadero, astillas que luego tiraba al agua como aviones de papel en miniatura y sin alas. O quizá para él fuesen lanzas, lo ignoro. A lo mejor intentaba ahuyentar los enjambres de moscas o mosquitos que yo no podía ver desde donde estaba.

¿Tenía pinta de ser un tío que acababa de perder a dos de sus

mejores amigos de toda la vida?

No estaba seguro.

¿Tenía yo acaso esa pinta?

Me toqué la cara, pero no podía notar la punta de los dedos en las mejillas, en los labios, y entonces caí en la cuenta de que todavía llevaba puesta la máscara de maniquí que había comprado antes en el bazar. Solo era una cara sin rasgos del color de las tiritas, ni siquiera casaba con la piel de mi cuello, con mis grandes orejas.

La había comprado por dos razones. La primera era que, cuando Tim me vio, cuando vio mi auténtico rostro, yo había estado a punto de perder el valor, de tirar la toalla, de largarme corriendo. Y, en segundo lugar, si tenía el aspecto de Manny y estaba haciendo esto por culpa de Manny, entonces sería como si yo no estuviera haciendo nada en realidad, ¿no? Era como si Manny estuviera allí él mismo, conmigo en calidad de miniavatar suyo, capaz de moverse por los estrechos espacios diseñados para los humanos. De este modo yo me convertía en una extensión suya, hacía lo que habría hecho él de todas maneras, solo que sin arrasar la escuela para conseguirlo, sin apisonar todo un autobús de la iglesia, una reunión familiar o un entierro.

Aunque los entierros no habían empezado todavía.

Además, no era mi intención dejarme la máscara puesta para esta multitudinaria reunión, se me debía de haber olvidado que la llevaba.

Me la quité como si fuese una lentilla, agarrándola entera de una vez, bajando la mano y echando la cabeza hacia atrás al mismo tiempo para romper el vacío de la forma más delicada e indolora posible.

Tras ella, mi cara ni siquiera estaba sudando ni nada, y mi mano tampoco temblaba tanto como parecía.

Miré en dirección a lo que fuera que JR estaba haciendo al final del embarcadero.

Se había quitado el zapato derecho y lo sostenía apuntando hacia atrás, como un bateador en el centro del campo.

Di un paso al frente, alarmado, antes de que lo lanzara por los

aires, al lago.

Allí se quedó flotando durante quizá diez segundos, como si no supiera muy bien qué hacer, como si se preguntara si estaba bien eso, si había sido intencionado, a lo mejor alguien quería retractarse de esa acción en particular, pero luego la plantilla y la lengüeta absorbieron tanta agua que ya no le quedó más remedio que sumergirse y se hundió con un borboteo voraz.

JR gritó como si estuviera enfadado con el pobre zapato, pero luego empezó a dar saltitos a la pata coja mientras se quitaba el del otro pie. La maniobra lo tiró al suelo de culo y a punto estuvo de rodar hasta caerse al agua, pero no dejó en ningún momento de tirar del zapato, consiguió quitárselo al fin y se deshizo de él como si estuviera infestado de hormigas rojas, o en llamas. Luego la camisa, y el cinturón, hasta el pantalón se quitó. Este se desenroscó al volar por los aires, se topó con un fuerte golpe de viento y regresó aleteando hasta engancharse en el costado del embarcadero, con una pernera sumergida en el agua y la otra resistiendo aún, por los pelos. Se acercó corriendo a esa pernera seca como si la odiara y se tumbó bocabajo para empujar los pantalones lejos, muy lejos. Alguien que pasaba conduciendo por el puente debió de verlo y se quedó mirando para cerciorarse de que no le engañaban los ojos.

—¿Qué etapa del duelo será esta? —preguntó una voz justo por encima de mi hombro izquierdo, prácticamente en mi oreja.

Me las apañé para no dar un respingo y me giré.

Danielle.

Sin llamar la atención sobre ella, presioné contra mi muslo el dorso de la máscara de maniquí, con firmeza, y agradecí para mis adentros el hecho de que JR, desnudo y llorando a moco tendido en un espacio tan público, fuera mil veces más interesante que cualquier cosa que yo pudiera llevar o dejar de llevar en la mano.

—¿La tercera? —sugirió otra voz, y me volví hacia ella más deprisa que antes, haciendo una mueca tras haber reconocido el timbre chulesco del admirador de Danielle.

Steve.

Me saludó levantando la barbilla, como si lleváramos años

compartiendo ese mismo gesto en los pasillos de los centros educativos a los que habíamos asistido.

Apuñalé con la mirada a Danielle, cuyo encogimiento de hombros venía a informarme de que no tenía por qué darme explicaciones sobre los acompañantes que decidía llevar a nuestras asambleas.

Llegado ese punto, menos mal que todos íbamos a morir, ¿no? Porque, de todas formas, nos estábamos desintegrando. Los cambios se sucedían demasiado deprisa.

Observamos juntos a JR.

—Es la etapa del duelo en la que uno se vuelve gilipollas —dije, aun a riesgo de estar señalando lo obvio.

—Me parece que alguien es un gallina —replicó Danielle, y sentí más que vi (aunque también lo vi, definitivamente) cómo la blusa azul se deslizaba sobre su cabeza, dejando que el sol se reflejara en las copas verde lima del sujetador que llevaba debajo.

—Se ruega a todos los pasajeros que mantengan los ojos dentro de sus órbitas… —murmuró Steve solo para mis oídos antes de salir disparado hacia delante porque, evidentemente, Danielle lo había agarrado de la mano y estaba tirando de él hacia el embarcadero, con su blusa ondeando en la otra.

Steve se quitó los zapatos por el camino (eran de los buenos, con pinta de caros) y, poco antes de llegar a los muelles, Danielle se las apañó de alguna manera para escurrirse de los vaqueros sin parar de moverse.

Embistió a JR justo cuando este los oía y se giraba hacia ellos, y los dos se zambulleron de golpe en el agua.

Steve se tuvo que sentar para quitarse los calcetines y los pantalones. Se levantó con sus bóxeres y volvió la mirada hacia mí.

—Hoy es un día muy triste, tío —anunció—. Todo vale. —Dicho lo cual se lanzó desde el borde, con cuidado de no engancharse los gayumbos en ninguna astilla, y se sumergió sin apenas levantar salpicaduras.

Miré más allá de él, más allá de todos ellos, hacia el centro del lago.

Justo antes de que Manny saliera a la superficie, lo sabía, las aguas se abombarían despacio, como si una burbuja gigante que llevara años formándose estuviera, a su torpe manera, saliendo por fin a la superficie para saborear el cielo.

Sacudí la cabeza, rechazando semejante ridiculez, pero me desprendí de la camiseta igualmente, con cuidado de que la máscara se quedara bien envuelta dentro de ella, y salí al resplandor del sol para quitarme los pantalones con parsimonia, primero un pie y después el otro, para que Steve no pudiera acusarme de ser un gallina.

Y para despejar cualquier duda, me quité también la ropa interior.

—¡Qué coño es eso! —grité mientras me ponía de puntillas para mirar más allá de ellos, a la noria, las aspas de un molino de viento o lo que fuera que, en realidad, no estaba cruzando el puente en esos momentos.

Cuando giraron la cabeza para ver a qué me refería, me dirigí corriendo al embarcadero y ya estaba en el aire cuando se dieron la vuelta de nuevo, cayendo como una bomba entre ellos antes de que les diera tiempo a pensar siquiera en llenarse los pulmones de aire, y así de fácil, incluso con la presencia de Steve, nos sentimos transportados a todos los veranos de nuestra niñez, como esa última bocanada que uno toma antes de hundirse en las profundidades. Nos salpicamos, espurreamos y buceamos para hacerles cosquillas en los pies a los otros, y (me imagino que ese era el fin último de todo aquello) sonreímos incluso un poquito, como por accidente, y sacamos el cuerpo fuera del agua hasta donde pudimos para saludar con la mano a la mamá que pasaba por allí empujando un carrito. Con dos de tus amigos de toda la vida muertos, cosas así son a lo único que aspira uno, supongo. Un par de momentos que te permitan olvidar la tristeza.

Cuando regresamos a la orilla, varios minutos más tarde (todavía no había llegado la poli, pero siempre acaba apareciendo tarde o temprano si te bañas ahí), cuando nos sentamos en la cálida explanada de guijarros de la ensenada, abrazándonos las rodillas, fue

entonces cuando empecé a llorar. Ni JR ni Danielle, yo, el que había visto a Tim muerto antes que sus padres, incluso. El que había tenido más tiempo que nadie para digerirlo, el que tenía menos motivos que nadie para perder los estribos. Aunque supongo que estaba llorando por todo lo que aún me quedaba por hacer. Por todo el mundo. Nadar con ellos y secarme con ellos era lo mejor que podría pedir, pero también era lo peor que podría haber hecho.

Apunté hacia arriba con la barbilla en un intento por tranquilizarme, por recuperar el control, y giré la cabeza como si quisiera otear el horizonte, proyectar la mirada hasta nuestros barrios.

La poli seguramente no nos estaba incordiando porque, en esos momentos, según todas las conversaciones telefónicas mantenidas en susurros, lo que estaban haciendo era investigar las interacciones *online* de Tim para averiguar si había hablado con algún depredador de internet, con algún traficante, con algún impostor. Cuando me preguntaron si sabía de alguien que pudiera tenérsela jurada, yo me había encogido de hombros mientras me pasaba la lengua por los labios resecos, soportando la traición de mi mentón tembloroso, y negué con la cabeza, no, que no era nada, murmuré, que no podía tratarse de él.

Todas las libretas de la habitación abrieron las fauces de sus líneas pautadas, deseosas de apresar entre ellas lo que yo dijera a continuación.

—No era más que una broma —dije, sorbiendo por la nariz.

—¿Una broma? —preguntó el inspector.

En alguna parte debe de haber algún seminario para detectives de homicidios, de seis horas de duración, con actividades en grupos reducidos y ejercicios prácticos, donde se enseña que siempre hay que repetir lo último que haya dicho el interrogado. Pero entre signos de interrogación, ¿vale? «De acuerdo, por última vez, a ver si nos entra esto en la cabeza antes de irnos a casa por hoy».

Les conté lo de Manny y la película de superhéroes, se lo conté todo, hasta lo de que Manny ya no estaba en la sala cuando se encendieron las luces.

¿Sería una forma de pedir ayuda a las autoridades o una confesión encubierta, un ruego a gritos para que intervinieran, para que me detuvieran? Fuera como fuese, dejaron de hacerme preguntas y, como se supo más tarde, fueron e interrumpieron el domingo estipulado en el acuerdo de separación del que el gerente del cine estaba disfrutando con su hijo. Cosa que me hizo sentir un poquito culpable, lo reconozco. Pero tampoco hacía falta que se portara como un capullo con nosotros. Porque, ¿la verdad?, si él no se hubiera ensañado tanto con Shanna, a nosotros no se nos habría ocurrido la superinocentada de Manny, este no se habría despertado, ni cebado con fertilizante, ni transformado en un *kaiju, y yo* no habría tenido que…, en fin, yo no habría tenido que hacer nada, ¿no? No tendría que llevar a la práctica todas esas cosas que me pasan por la cabeza, cosas en las que no puedo parar de pensar por mucho que tararee hasta notar que me retumba la garganta.

Total, que allí estaba yo, llorando en la orilla del lago.

Steve intentó apoyarme una mano en el brazo, pero me lo sacudí de encima y le volví la espalda. Las miraditas elocuentes que sin duda se cruzaron detrás o por encima de mí debían de estar cargadas de mensajes en clave, no sé, pero el caso es que, aproximadamente un minuto más tarde, oí que sus pasos se alejaban crujiendo por los guijarros.

Ya estábamos los tres a solas, Danielle, JR y yo, como tendría que haber sido desde el principio.

Cuando JR se inclinó para darme un golpecito con el hombro, se lo devolví.

—Yo tampoco me puedo creer que haya muerto —dijo Danielle, frotándose el párpado inferior del ojo izquierdo con el canto de la mano, como hacen las chicas cuando… ¿no quieren que se les corra el maquillaje? ¿Qué les salgan arrugas? Ni idea. Como si el lago no se hubiera comido ya todo su rímel o como se llame. Y como si llegar a vieja no fuera la menor de sus preocupaciones.

—Shanna también está muerta —repliqué, y JR asintió.

Su camisa continuaba flotando, acercándose cada vez más a la orilla. Todos nos quedamos mirándola.

—¿Habéis oído eso de que ha sido como un ritual satánico o algo por el estilo? —nos preguntó Danielle a los dos.

JR levantó una mano, como un Jesucristo crucificado en la pared con un cuchillo clavado en la mano, se plantó la otra encima y la mantuvo ahí.

—Qué mal gusto, tío —dijo Danielle.

—Tim habría hecho lo mismo si estuviera aquí —se defendió JR.

Tenía razón. ¿Qué mejor manera de homenajearlo?

—¿Quién sería, ya sabéis —dije yo prolongando el suspense, mirándolos a los ojos a los dos a la vez—, el que lo encontró?

—Draco —escupió Danielle, como si la cabreara lo injusto que le parecía.

Draco es como llamábamos todos al hermano pequeño de Tim desde que atravesó su fase de Harry Potter. Su mellizo se llama Luca, pero a ese todo el mundo lo llama Luke.

Asentí con la cabeza, encajando la noticia sobre la marcha. De modo que el hermanito que yo había intentado proteger ahora se iba a quedar traumatizado de por vida. Estupendo. Por lo menos viviría para quedarse traumatizado, me consolé.

—¿Quién sería capaz de hacer algo así? —preguntó JR.

—Y por qué —añadí, sacando instantáneas de sus rostros con la mirada para comprobar si mis palabras sonaban sinceras o no.

—Solo era Tim —dijo Danielle, ya con los ojos bañados de lágrimas.

—Y ella solo era Shanna —maticé, preguntándome si yo sería el único que se acordaba de ella.

—Pero lo de ella fue un accidente —replicó JR.

Su entierro no iba a celebrarse mañana porque, según los rumores, todavía no habían conseguido identificar partes suficientes para distinguir dónde empezaba Shanna y dónde acababan los dos rottweilers que dormían en la cama con ella.

—La muerte es la muerte —dijo Danielle, y yo asentí con la cabeza ante tan sabias palabras, no pude evitarlo.

Por enfermizo que parezca, lo sé, allí sentado con ellos,

compartiendo una imaginaria etapa del duelo que podríamos denominar «bañarse en el lago en pelota picada», mis ojos saltaban ya de uno a otro, intentando decidir quién sería el siguiente.

Pero no porque cualquiera de los dos fuese más amigo mío que el otro.

Lo que estaba sopesando era qué sería preferible, si ser uno de los dos únicos supervivientes o llegar a esa fase en la que ser el siguiente se convierte en algo inevitable, esa fase en la que uno empieza a ver cuchillos detrás de cada esquina, dientes en todas las sombras.

—El servicio de Tim será el miércoles —comentó Danielle, señalando el hecho sin más.

—¿No es él una prueba? —pregunté—. ¿No necesitan, no sé, preservar el cadáver hasta que encuentren algún sospechoso o algo por el estilo?

Danielle me miró como si fuera un bicho raro.

—¿Estás viendo muchos episodios de *Ley y orden* últimamente? —replicó JR con una sonrisa torcida.

—No, pero seguro que acierto lo que estaba viendo él —dije, colocando el anzuelo.

Los dos se me quedaron mirando, expectantes.

—La peli esa de los superhéroes —se aventuró al fin Danielle—. Aquella…, ¿aquella a la que llevamos a Manny?

—¿Ya la han subido? —murmuró con incredulidad JR—. Pero si todavía está en cartelera, ¿no?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué crees que la estaba viendo? —preguntó Danielle, abrazándose las rodillas con más fuerza, con el mentón apoyado encima de ellas y el cabello encrespándose a su alrededor.

—Lo que quiero decir es que espero que la estuviera viendo —repliqué con la mirada fija en el horizonte, atento a la lenta formación de cualquier posible cúpula de agua—. Yo no me enteré de nada esa noche, ¿y vosotros?

Era mi forma de decidir quién sería el siguiente. El que la hubiera visto levantaría la mano y se convertiría en mi próxima

víctima. Pero ninguno de los dos dijo nada.

Nos quedamos sentados en silencio, dándole vueltas a la pregunta como si de un problema de matemáticas se tratara, como el último recordatorio que queda después de que todo se haya ido al infierno.

—Me parece que voy a arreglar la moto de mi padre —declaré.

—Te ayudo —se ofreció JR.

—Contad conmigo —dijo Danielle, y yo fruncí los labios para reprimir una sonrisa, tal vez de agradecimiento, porque las mentiras mejor intencionadas siempre son las de los amigos. Todos me dieron una palmadita en el hombro antes de irse, Danielle me plantó incluso un beso en la coronilla, y yo, de alguna manera, me las compuse para no entrar en combustión espontánea a pesar de la abrasadora tormenta de rabia y tristeza que se arremolinaba dentro de mí.

Me quedé allí un momento, con la mirada fija en el lago.

9

Mientras cenábamos, la noche que iba a matar a Danielle, mi padre me contó una de esas interminables historias llenas de vericuetos acerca de cómo su padre lo había llevado a pescar. Tiene dos historias de pesca, básicamente: una en la que un pájaro se lanzó en picado sobre el señuelo de cucharilla que él se disponía a lanzar, capturándolo en el aire antes de remontar el vuelo, y otra en el que su padre y él están sentados en el lago, al amanecer, como dos versiones de la misma persona haciendo equilibrios sobre ese inmenso precipicio de agua que se alza junto al embalse, y el abuelo está usando unos aparejos para la pesca de altura que había comprado en una casa de empeños. Porque así es como se captura al gigantesco siluro que supuestamente flota allí abajo, como un zepelín, con los bigotes tan gruesos como los brazos de un hombre.

Spoiler: no pescaron nada ese día. Las historias de pesca no van de lo que ocurrió en realidad, sino de lo que podría haber ocurrido, de lo que debería haber pasado, de lo que estuvo tan a punto de suceder que, a fuerza de contar la misma historia una y mil veces, casi que adquiere visos de realidad.

Así que mi madre y yo escuchamos de nuevo que el abuelo había notado un tirón en el recio sedal, sedal que empezó a desenrollarse, y papá usó las manos para recoger un puñado de agua del lago y mojarlo con ella antes de que el abuelo bloqueara el carrete, momento en el que la barca dio un brinco hacia delante, maniobra imitada por el pegote de puré de patata que remataba el tenedor de mi padre.

Creo que le gusta contar esa historia porque sabe que él y yo nunca vamos a salir a pescar de esa forma, pero si consigo sentir la misma emoción que sintió él aquel día que su barca salió disparada como por arte de magia, entonces será más o menos como si estuviera con ellos allí, tres generaciones apelotonadas en un bote minúsculo, y eso lo absolviera de tener que levantarse a las cuatro de la madrugada para llevarme a la rampa del embarcadero.

Y, ¿la verdad? Me parece bien.

Esta vez, mientras escuchaba la historia, pensaba en cómo se tuvo que tensar el sedal de pesca de altura del abuelo antes de partirse. En cómo era de un verde brillante, probablemente, y en cómo nadie aparte de mí sabría nunca lo relevante que era ese detalle, hasta qué punto encajaba con cierto rollo de cable que llevaba en el bolsillo y tenía que palpar cada dos por tres a hurtadillas para cerciorarme de que no se hubiera escapado, de que no se hubiera ido a matar a nadie sin mí. Otra cosa que seguramente yo era el único que veía en aquel bucle incesante era a Shanna, tumbada en la cama con sus dos perros, los cuales debían de haber levantado la cabeza de golpe, a la vez, cuando los faros del Mack convirtieron la ventana del dormitorio en un sol.

O sea, espero que no se hubiera asustado mucho. Espero que fuese muy rápido.

A diferencia de lo que había pasado con Tim.

Pero aquella fue mi primera vez. Me había servido de práctica, de entrenamiento.

Lo que detestaba con todas mis fuerzas y, al mismo tiempo, ardía en deseos de comprobar, era el hecho de que con Danielle iba a ser mejor, probablemente: más fuerte, más rápido, sin tanta vacilación. Me alegraba por ella, desde luego, no me hacía gracia imaginarla sufriendo, asustada, pero algo como lo que yo me disponía a hacer debería ser difícil para quien tuviera que hacerlo, ¿no?

Tampoco estaba tan seguro de querer ser mejor. Lo que quería era que cada vez fuera una situación extrema, un desafío de resultado incierto, algo que tanto podría salir bien como todo lo

contrario, al menos hasta que la suerte o el azar intervengan y me arrebaten la decisión de las manos.

—Mim ha perdido un pollo entero —dijo entonces mi madre, como si aquel fuera el chismorreo más suculento del vecindario, y yo oí sus palabras como con retardo mientras me obligaba a salir de las profundidades de mi cabeza y regresar a la mesa alrededor de la que estábamos cenando.

—Conque un pollo, ajá —murmuró mi padre, enfrascado en la extracción de una gruesa tira de pimiento que retiró del pastel de carne antes de alejarla discretamente de todos los elementos del plato susceptibles de acabar en su estómago, para siempre en el equipo de quienes opinan que todo lo que no sea carne, miga de pan, kétchup y huevo no pinta nada en un pastel de carne como Dios manda.

—Pero si en su casa no tienen corral —protestó Beanie, mi hermano pequeño, imitando a la perfección la entonación enfática de mamá.

—De la parrilla, cariño. Era…, estaba…, ¿cómo se llama eso que da vueltas, como cuando asas un perrito caliente?

—¿Noria? —probé, aportando mi nivel de ayuda habitual.

—Espetón —dijo mi padre con un carraspeo, como si estuviera pasando ruidosamente las crujientes hojas del periódico que no tenía en las manos. Como si estuviéramos en 1950 o así. Pese a todo, detecté una mezcla de impaciencia y reproche en su voz.

—Y Dave y LouAnne, los de la esquina —continuó mi madre, inclinándose hacia delante y arqueando las cejas porque, supuestamente, no nos íbamos a creer lo que sucedió a continuación —, resulta que la mujer estaba sacando las compras del coche y dice que faltaba una bolsa. ¡Sin más, como por arte de magia!

—¿Esa es la que siempre va con la lengua fuera detrás de su perro? —preguntó mi padre.

—Las bolsas del supermercado no salen corriendo detrás de las ardillas, cariño —replicó mi madre.

—Era una observación, nada más.

—¿Tendremos un ladrón en el vecindario? —pregunté en voz

alta sin poder evitarlo—. Será…, no sé, ¿será el mismo que se llevó el fertilizante o lo que fuera?

—Oh, oh —dijo mi madre, apoyando la punta de los dedos en el antebrazo de mi padre para que este le prestara atención—, si presentamos una denuncia, el seguro cubrirá todos los sacos que nosotros digamos que hemos perdido. Todos.

—Yo no he sido —dijo Beanie con una sonrisita, como si se estuviera confesando autor del delito, y me quedé observando su figura de alumno de tercero un momento, intentando dilucidar si podría haber sido él el responsable de esa oleada de robos con nocturnidad de Agro-Milagro, si podrían ser sus amigos y él los que estuvieran llevándose las bolsas de comestibles y abriendo cajas de parrillas para la barbacoa como si fueran regalos.

No, decidí. De ninguna manera.

Pero, entonces, ¿todo apuntaba a Manny? ¿Para qué querría comida humana un muñeco de plástico? Y tan poca, además. Con su apetito, con las dimensiones que debía de tener ya, podría cruzar los límites de la ciudad en un par de zancadas y zamparse un rebaño entero de reses, con un puñado de caballos a modo de guarnición.

Y lo más importante de todo, ¿cómo iba a colarse en un patio trasero y abrir una barbacoa sin que nadie lo viera? Habría arrancado de cuajo la tapa de la parrilla, o se habría dejado una tira de piel de plástico fundida en el exterior recalentado. Fuera como fuese, Mim habría notado que una sombra gigantesca o algo se abatía sobre su casa, ¿no? Hasta las farolas se habrían encendido, seguramente, con Manny interponiéndose entre ellas y el sol.

Nah, aquello no tenía sentido.

Además, mi padre estaba en lo cierto: LouAnne, la de la esquina, siempre estaba perdiendo las cosas. Su bolsa llena de comestibles debía de haberse quedado en el aparcamiento del super.

Así que a lo mejor sí que habían sido Beanie y sus colegas, me dije.

Nosotros habríamos hecho lo mismo a su edad, si se nos hubiera ocurrido. No porque nos entusiasmara el pollo, sino por el mero gustazo de hacerlo. Por esa sonrisa radiante que te atiranta los labios

mientras corres que te las pelas para que nadie te pille.

—Seguro que se le ha caído en el socavón —sugirió mi padre, empeñado en reconducir la conversación hacia los comestibles de LouAnne. Supongo que, para él, si no había siluros gigantes de por medio, cualquier asunto carecía del interés necesario para tratarse durante la cena.

El término «socavón» destapaba una caja de los truenos totalmente nueva, no obstante, al menos para mí. Unos truenos muy interesantes.

—¿En el… qué? —dije, disparando el movimiento de la mano de mi madre a su boca, gesto diseñado para recordarme que no se habla con la boca llena.

Mi padre levantó la mirada como si lo hubiéramos pillado diciendo algo interesante, por una vez en su vida, y luego, con parsimonia calculada, pinchó otra porción de puré de patatas y la paladeó mientras nos hacía esperar.

Dándole tiempo a intervenir a mi madre, por supuesto.

—No es el de la casa de Katelyn —me tranquilizó, dándome unas palmaditas en el dorso de la mano como si temiera que yo fuese a explotar. Katelyn es su prima, la madre de Shanna. ¿Qué le pasaba a su césped, vale, qué habíamos hecho entre todos y había terminado con ella trabajando en el cine para devolverle el dinero a su madre, y supongo que había sido el detonante de todo esto? Nuestro plan consistía en grabarnos haciendo mates en el camino de acceso, con una especie de steadicam portátil que Tim se había comprado para usar con el móvil. La idea era que él correría en paralelo a quien fuese a hacer el mate, y luego se alejaría agachándose mientras la otra persona saltaba, con lo que parecería que nos estábamos propulsando hacia el cielo. Lo más complicado sería dejar el suelo fuera del encuadre, para que nadie se diera cuenta de que habíamos bajado hasta el metro ochenta la canasta de Shanna. Total, que un plan estupendo, a prueba de bombas en realidad, nos íbamos a convertir en estrellas de internet al instante, las empresas querrían patrocinarnos y recibiríamos ofertas para grabar películas, le pondrían nuestro nombre al instituto y toda la

pesca, pero…, cuando Shanna mangó las llaves del coche de la tía K del ganchito donde estaban colgadas para que yo pudiera quitar de en medio su Tahoe, en fin. No sabíamos si sacarlo a la carretera era ilegal o no donde ellas vivían, así que con mucho, con muchísimo cuidado, decidimos que lo mejor sería que yo lo condujera marcha atrás hasta dejarlo detrás de la casa. E hice un trabajo estupendo, además.

Llevábamos alrededor de tres minutos machacando el aro cuando Danielle, con esa vocecita que se le pone cuando está nerviosa, dijo:

—¿Chicos?

Miramos adonde estaba ella y vimos los faros del Tahoe apuntando a las nubes.

El culo del todoterreno se estaba hundiendo en el suelo, exactamente igual que si acabara de caerle encima un meteorito o algo de eso.

—Ayayay —murmuró Shanna, tapándose la boca y negando con la cabeza.

Habíamos dejado el Tahoe aparcado encima de la fosa séptica, sí. Una grúa y una retroexcavadora más tarde, Shanna recibió la factura y el sermón de su madre, y empezó todo esto.

—Aunque, más que un socavón —dijo mi padre—, eso es una letrin…

Mamá lo silenció sin usar nada más que los ojos, que es algo así como un superpoder que tienen las madres.

Mi padre bajó la mirada a su plato, y cuando volvió a levantar la cabeza, me dijo:

—Está en Oak, no hace falta que te preocupes por eso.

—¿¡Un socavón!? —repetí.

—Justo en el centro de la calle —dijo Beanie, entusiasmado.

—Con forma de coche —añadió mi padre encogiéndose de hombros mientras apartaba su plato, como si así pudiera librarse de tener que dejarlo personalmente en el fregadero.

Me quedé mirando ese plato y asentí con la cabeza. Continué asintiendo varias veces seguidas, de hecho, intentando visualizar ese

cráter con forma de vehículo a una calle de distancia.

Si omitimos la escala, el perfil de un coche y el de un pie gigantesco vendrían a tener la misma forma, ¿no es cierto?

Sí que lo es.

Noté como si la cara se me estuviese quedando dormida y respiré hondo, unas bocanadas heladas.

Lo que estaba haciendo era imaginarme a Manny caminando por el centro de Oak pasada la medianoche, apuntando con sus ojos pintados a un lado y a otro, buscando al siguiente de nuestra pandilla. Solo que entonces pisa una parte de la calle que se desmorona bajo la inmensidad de su mole, su pie se hunde tres metros, seis, desequilibrándolo, sus brazos hacen enormes aspavientos sobre los tejados de las viviendas, los tacos como postes de la luz que tiene en los muslos amenazan con soltarse, con hacer que se desplome encima de dos o tres casas.

Recupera el control por los pelos e iza ese pie, retrocede, avergonzado por haber destrozado algo que pertenece a las personas humanas.

¿Descubrirían los obreros encargados de arreglar ese socavón que el asfalto al fondo del agujero estaba, no solo hundido, sino triturado? ¿Establecerían las conexiones necesarias, deducirían la respuesta acertada, me ahorrarían el tener que acabar lo que había empezado?

Sacudí la cabeza, no, no harían nada de eso.

Hace falta auténtica imaginación para unir bien los puntos. Imaginación con unas gotitas de culpa.

—Vosotros no tenéis nada de qué preocuparos —nos dijo mamá a Beanie y a mí, refiriéndose al socavón de Oak, quizá porque yo no paraba de menearla cabeza de un lado a otro muy, muy despacio. Debió de interpretarlo como una señal de temor por mi parte, puesto que yo estaba atravesando una situación delicada y tal, con eso de que había perdido a dos de mis mejores amigos.

Las madres están en la inopia. Es como si vivieran en una burbuja de ilusiones.

Mi padre, por su parte, que pasaba tanto de todo que no

necesitaba ilusionarse con nada, se limitó a decir:

—Bueno, ya está. —Hizo una pelota con su servilleta de papel y la dejó encima de la mesa, señal con la que pretendía dar a entender a la concurrencia que aquel interludio se daba por concluido, muchas gracias a todos por participar. Pues habría concluido para él, en cualquier caso. Para mí, un poco menos.

Después de la cena y los platos, antes de esgrimir la excusa de los deberes para perderme de vista en mi habitación, salir a escondidas por la ventana y dirigirme al garaje, me aseguré de acorralar a Beanie lejos de mamá y papá.

—¿Qué pasa? —dijo mientras intentaba zafarse de la presa con la que le inmovilizaba los brazos, pensando probablemente que me disponía a tirarlo en la alfombra y dejar caer un hilillo de baba sobre su cara mientras forcejeaba, siendo yo como era su hermano mayor, y tal, y él nada más que un pobre memo.

Lo que hice, sin embargo, fue colocarme a la altura de sus ojos y mirarlo como si fuera una persona real.

—Pues…, me gustaría —empecé, sin saber muy bien cómo expresarlo porque no me había dado tiempo a ensayar—, si, no sé, si tú y tus amigos, Gabe y Alexa o quien sea, si os encontrarais con un maniquí como los que hay en las tiendas de ropa, no se os ocurriría poneros a jugar con él, ¿a que no?

Se me quedó mirando como si supiera que el discurso o lo que fuera que le estaba soltando aún no había acabado.

Lo que me preocupaba era que el Agro-Milagro tendría que gastarse tarde o temprano, provocando que Manny se encogiera hasta recuperar su tamaño original para que alguien volviera a encontrarlo y el ciclo comenzara de nuevo.

—Es una broma que les gusta gastar a los chicos del instituto —añadí para Beanie, improvisando sobre la marcha—. Juntan todas las cucarachas que pueden, a lo mejor en una casa que estén desparasitando o así, le hacen un agujero al maniquí…

—¿Dónde? —preguntó Beanie.

—En la nuca —respondí, evidentemente, pero también porque sabía que él quería oírme decir «en el culo» para poder reírse al

imaginárselo. Insisto, estaba en tercero—. Total, que llenan el maniquí de cucarachas, ¿vale? Luego tapan el agujero y lo dejan por ahí para que lo encuentren los niños. «Bomba de cucarachas», lo llaman. En cuanto lo mueves, paf, acabas cubierto de bichos.

Las facciones de Beanie se contrajeron en una mueca de repugnancia.

Siempre lo han aterrorizado las cucarachas. No porque piquen ni nada, sino porque son como balas sucias con patas, balas sucias y ciegas que apuntan a tus pies cuando tú lo único que desearías de repente es ser capaz de volar.

—¿Sabes lo que es un maniquí? —le pregunté, y él apartó la mirada. Tenía los ojos empañados de lágrimas, creo, porque con tanto hablar de cucarachas al final le había tocado la fibra sensible.

Es curioso lo que asusta a la gente.

Para mí, algo mil veces más escalofriante que cualquier bicho era un hombre de plástico, inexpresivo, que después de verse una película entera en el cine se levantaba de su butaca y salía tan campante al mundo real.

Tampoco había sido agradable tener que clavar a Tim a la pared de su dormitorio, no sin antes haberlo estrangulado con un rollo de cable de desbrozadora que brillaba en la oscuridad. El hecho de que Shanna hubiera visto la ventana de su cuarto iluminada de pronto por unas luces cegadoras me daba miedo también.

Al igual que lo que iba a ocurrirle a Danielle dentro de nada.

«Estás retrasando lo inevitable», me dije.

Era cierto.

Le pegué un buen restregón a los pelos de Beanie para alborotárselos en todas direcciones y lo empujé con fuerza lejos de mí, como se suele hacer cuando no puedes abrazar a alguien.

Treinta y ocho minutos más tarde, con la puerta del garaje dejada estratégicamente entreabierta otra vez, saqué la enorme Kawasaki de mi padre y crucé el polvoriento sensor láser rojo que activaba la luz del techo, proyectando mi sombra ante mí, toda estirada y maligna.

Agaché la cabeza, apreté los puños de la moto y le pisé con

ganas.

10

Como Danielle tenía perros, lo mismo que Shanna (más alborotadores que asesinos, pero aun así, ladraban de narices cuando se ponían), lo que yo debía hacer era pillarla lejos de casa.

¿Con lo cual? Con lo cual supongo que les estaba salvando la vida a los chuchos, ¿no? Manny los aplastaría sin reparo junto con el resto de la familia. Quizás antes, incluso, porque estarían correteando a su alrededor, intentando mordisquear el duro revestimiento de plástico de sus pies, llegar al centro pulposo que sabían que debía de estar en alguna parte, allí dentro.

Así soy yo, me gusta salvar a la gente. Y a los perros.

En cualquier caso, pillarla lejos de casa significaba pillarla cuando estuviera saliendo con Steve, relación que ambos daban la impresión de estar improvisando sobre la marcha.

Disfrazado en la vigilia por Tim (capucha, guantes, gafas de sol), me mantuve a una distancia dedos o tres coches de ellos, o lo que es lo mismo, con unos ochenta o noventa estudiantes de por medio. Steve sujetaba la mano de Danielle como si fuera su dueño, como si estuviera siendo «fuerte» por ella en esos momentos tan dolorosos y trágicos. Las banderas ondeaban a media asta delante del instituto, como, no sé, como si Tim hubiera sido un edificio federal o algo por el estilo, supongo.

La gente se mecía, lloraba y cantaba, y luego, esta parte no me la esperaba, todos empezaron a desfilar por delante de la mascota del centro, un guardabosques caricaturesco, para dejar en el suelo rosas, animales de peluche, botellas de cerveza y notas dobladas tres o

cuatro veces, con piedras encima para que no se volaran con el viento.

A los familiares de Tim les habría encantado, si hubieran estado presentes. Pero, aunque no se encontraran allí para apreciar todo el cariño que le prodigaban a Tim, pese a todo, yo sabía que estaban cien por cien vivos. Compartiendo abrazos y lágrimas, ya que no respuestas, pero los hermanitos de Tim iban a salir adelante, y algún día los padres de Tim serían abuelos, y además, Tim habría muerto de todas maneras, así que tampoco era como si yo hubiese hecho algo malo, ¿no? Lo único que había hecho era salvarlos.

Era como… En UA había estudiado física durante un par de semanas, ¿vale? Antes de que empezaran en serio las mates. Total, que en física, lo que equivale a decir en el mundo, para cada acción hay una reacción igual y en sentido opuesto. O dicho de otra manera, esa reacción, si se enfoca a la inversa, tiene una causa definida. Estar con vida, sanos y dolidos y todo eso, era una reacción a mi causa, al hecho de que yo hubiera entrado en la habitación de Tim para asesinarlo.

Solo que, si quería salvar a los demás, no podía ir pregonándolo por ahí.

Otra forma de entender el rollo ese de la acción/reacción es que, como dice un tío al final de la segunda peli de nuestra serie de superhéroes (que ni siquiera tiene poderes, no es más que un simple periodista acoplado que escribe sobre lo que les pasa a ellos), «a veces se deben hacer sacrificios».

Según las clases de lengua de Ubicación Avanzada, ese tipo de frase pertenece a la categoría de pasiva refleja con valor impersonal, en el sentido de que se elide el sujeto real que presuponemos que debe hacer esos sacrificios.

Al menos eso me repetía yo todo el rato que duró la vigilia, más que nada porque me eliminaba a mí de la ecuación: los sacrificios son necesarios. Existía un precio y alguien iba a tener que pagarlo.

El caso es que agarré una vela y me mecí adelante y atrás e intenté evocar recuerdos significativos, como todos los demás, todo ello sin perder en ningún momento de vista a Danielle, y cuando la

cera goteó sobre la membrana de piel que une el pulgar y el índice, apreté los dientes y soporté la quemadura con estoicismo, razón por la que supe que tenía lo que había que tener para repetir todo el proceso de nuevo.

Al finalizar la vigilia, Steve se llevó a Danielle en coche a esa hamburguesería que a ella le gustaba tanto, en la otra orilla del lago, la que tenía un menú supersecreto que yo le había enseñado. Sé que se lo pidió. Me había escondido entre los arbustos del aparcamiento, estaba cantado que me verían si intentaba sentarme discretamente a una o dos mesas de distancia de ellos, pero a juzgar por cómo se zampó toda su hamburguesa, primero, y después el resto de la de Steve…, sip, el menú secreto, sin duda. Por otra parte, la forma en la que Danielle se comió el trozo que él le había dado, sin molestarse en cortar antes alrededor de la marca de sus mordiscos, me pareció el beso más público que hubiera visto en mi vida.

Me habría gustado apartar la mirada, pero no podía perderles la pista.

Camino del utilitario de Steve, un compacto chiquitín con maletero integrado (por supuesto que tenía que conducir algo así y no algo tan de forajido molón como una motocicleta hecha polvo), camino de esa birria de coche, Danielle estaba al teléfono con su madre, a la que le estaba explicando que iba a volver tarde a casa porque todavía estaba «muy triste y tal y cual, ¿vale?».

No la culpo por eso. O sea, estaba triste, me lo creo, aunque no hubiera llorado a moco tendido hasta desgraciarse el maquillaje como tantas otras chicas en la vigilia, ninguna de las cuales le había hecho ni pizca de caso a Tim cuando este aún estaba con vida y, quién sabe, quizás eso hubiera supuesto alguna diferencia.

Luego, como si el universo me estuviera susurrando lo acertado de mi decisión, el bueno de Steve-o condujo hasta la versión de baratillo del local en el que había trabajado Shanna: el minicine, cuatro salas en un centro comercial donde todavía se podía leer «Sears», «JCPenney» y demás, pero solo la sombra de los caracteres porque habían quitado todos los letreros, como si el mundo hubiera dejado atrás ese sitio.

A esas alturas, la peli de superhéroes a la que habíamos ido con Manny ya había llegado incluso a este tipo de antros, claro.

Yo me debatía indeciso, observándolos, pensando que si Manny iba a buscar a Danielle cuando esta estaba en su cita con Steve, y este acababa aplastado en medio de una huella gigante o lo que fuera, pues tampoco se perdería gran cosa, la verdad. Quizá me diera puntos extra, incluso.

Pero, tuve que recordarme, si lo suyo era una cita, estarían en un lugar más o menos público y habría más personas que podrían acabar pisoteadas, no solo el bueno de Steve-o, forúnculo inguinal como él solo.

No debería llamarlo así, aquello pasó en sexto y todos habíamos tenido nuestras conversaciones individuales con el orientador al respecto, aunque reconozco que yo nunca había sido capaz de olvidarlo.

Fuera como fuese, el caso es que, unos minutos después del comienzo de la película, pagué mi dólar con cincuenta y entré como un cazador furtivo tras ellos. Como eso no es un cine de verdad, las butacas no están numeradas y uno puede elegir la que más rabia le dé para dejarse caer en ella. Y como no podía ser de otra forma, porque estaba haciendo lo correcto, Danielle y Steve no estaban en la última fila, desde la que podrían ver cualquier silueta que se acercara a ellos discretamente, sino que se encontraban en lo que supongo que, si hubiéramos sobrevivido, podríamos haber dado en llamar el Asiento de Manny: justo en el centro de todo.

Desperdigadas alrededor del resto de la sala debía de haber unas quince parejas, todas las cuales habían pagado no tanto para ver la película como para disponer de casi tres horas de intimidad durante las que enrollarse, meterse mano y (como tan arcaica y grimosamente lo expresaba mi madre) «darse el lote» en general.

Recorrí el pasillo caminando de puntillas y me senté en el extremo de la fila que quedaba detrás de Steve y Danielle.

Cuando no miraba nadie, me fui escurriendo cada vez más abajo hasta sacar la máscara del bolsillo frontal de la sudadera. En parte, el secreto de hacer lo que yo estaba haciendo consiste en no dejar

testigos capaces de describirte. Eso sería un escollo bien gordo.

Total, que volví a chuparme la primera hora de aquella película, todos los planteamientos y sus consiguientes resoluciones, tan ridículas de puro evidentes, el exceso de imágenes generadas por ordenador, los chistes internos, la evolución en las relaciones y el desenlace de unos conflictos cuyas bases se habían sentado en las dos primeras entregas, y durante un rato se me olvidó incluso para qué estaba allí, no era más que otro espectador disfrutando de la historia hasta el punto en que esta lo permitía.

Pero entonces, de golpe y porrazo, Danielle se plantó delante de mí, mirándome fijamente, con esa pantalla tan deslumbrante reluciendo a través de sus cabellos como si ella fuese la auténtica superheroína.

Abrí la boca, esperando que surgiera alguna mentira convincente para mi presencia en aquella sala, pero entonces caí en la cuenta de lo que estaba ocurriendo realmente: puesto que las filas del minicine están tan pegadas entre ellas que uno no sabe dónde poner las rodillas, como no sea apoyadas en el respaldo de enfrente, Danielle, que se dirigía al vestíbulo, había tenido que colocarse de lado para llegar al pasillo principal.

Por un momento, sin embargo, habría podido jurar que me vio, más o menos, que había visto mis ojos detrás de la máscara.

Giré la cabeza, refunfuñé algo que ella podría interpretar como un «que algunos estamos intentando ver la película» o un «ya está bien con lo maleducados que son hoy en día estos críos», y pasó de largo, salió al vestíbulo para hacer quién sabe qué, pensando seguramente que yo era la víctima de algún accidente (la máscara, lo tarde que era, lo solitario del sitio) y si debería invitarme a una caja de palomitas o sería eso un insulto. Así era ella, creedme. Y eso hacía que lo que me había llevado hasta allí fuera aún más difícil. Noté un frío en las entrañas, me escurrí más abajo todavía, como el periscopio de un submarino hundiéndose en unos dibujos animados, y milímetro a milímetro, en modo ninja total, gateé hasta situarme directamente detrás de Steve, absorto en el ajetreado gran final de la pantalla.

Ahora que Danielle se había ido, podía rascarse y recolocarse la huevera a placer. Tan a placer que parecía casi como si allí hubiera algo más, como si, al amparo de la oscuridad del minicine, el tío estuviera magreándose él solo.

Creo que ya he dicho antes que Steve nunca me había caído bien, la verdad. Y sigo sin entender qué le veía Danielle. Valga para demostrar su personalidad, o la ausencia de ella, pero ¿a quién se le ocurre ir a ver una peli de superhéroes chachi-piruli siempre-ganan-los-buenos con su novia cuando esta acaba de perder a uno de sus mejores amigos de la forma más violenta posible? Cuando lo ha perdido, además, apenas un par de semanas después de perder a su otra mejor amiga, a la que conocía desde que las dos iban a primero.

—Hay que ser desgraciado —susurré, y Steve se quedó de piedra un momento antes de girar la cabeza, probablemente dudando de haber entendido bien lo que sin duda había oído.

El cordón luminoso cercenó la claridad surcada de polvo del proyector como un tentáculo en una peli de monstruos, empapándose de todos los lúmenes que encontró por el camino antes de formar un bucle sobre su garganta, y el mango del joystick hizo un aterrizaje perfecto en la palma de mi mano expectante. Como la butaca estaba atornillada al suelo de hormigón (la silla de Tim era de oficina, con ruedas, heredada de su padre), esto resultaba infinitamente más fácil, en lo que a hacer palanca se refería. Y como Steve era un larguirucho, ni siquiera podía levantar las piernas y los pies lo suficiente como para montar mucho escándalo.

Se debatió, forcejeó y murió por fin con un último espasmo mucho más deprisa que Tim.

Recogí el cordel y me tumbé de espaldas en el suelo, esperando. Al nivel al que me encontraba, no pude evitar acordarme de lo mismo en lo que habíamos pensado todos cuando estábamos montando a Manny en la primera fila del cine en el que trabajaba Shanna, preparándolo para gastarle una broma al gerente: esos jugadores de fútbol de último curso, aficionados a mearse en la pendiente lisa de la sala.

El motivo de que tuviera que acordarme de eso en esta ocasión,

y a este lado del lago, era que, al morir, el cuerpo de Steve se había relajado o lo que fuera y ahora su asiento goteaba de orín, derramando una gotita viscosa tras otra sobre el hormigón justo delante de mi máscara de maniquí. Había girado hacia el otro lado —gracias, gravedad—, pero no antes de que una buena cantidad se hubiera acumulado un poco. La inclinación, el desnivel o como se llame lo que tienen en el minicine no es precisamente empinado.

A continuación (si me di cuenta fue únicamente porque tenía el charquito pegado a los ojos), la sala entera, no sé, se estremeció o retumbó como si acabara de caer un asteroide en el aparcamiento. Me siento culpable por reconocerlo, pero lo cierto es que me alegré, más o menos. Porque ese sonido, ese impacto demoledor, en realidad solo podía ser obra de Manny, ¿verdad? Nada le impediría aparecer a este lado del lago si alguno de nosotros estuviera allí. Y ahora éramos dos los que estábamos aquí. Seguro que nos había estado observando desde la otra punta del puente, Danielle en el asiento del copiloto de un cutremóvil petardeante y yo montado en una Kawasaki 750 sin silenciador cuyo faro bailaba en todas direcciones. Y si se trataba de él, si había decidido mostrarse antes de que yo pudiera terminar con nuestra pandilla, lo que significaba eso era que todo el mundo iba a tener que entender por qué había estado haciendo lo que había hecho, lo que estaba haciendo en esos momentos. Lo que acababa de hacer. Aunque me imagino que, no sé, comparado con el número de muertes que Manny seguramente iba a sembrar a su paso, el número de muertes y los desperfectos que iba a sufrir este centro comercial semiabandonado, lo más probable era que Steve-o cayera en el más absoluto de los olvidos, tan solo un cuerpo más entre los escombros. Y Tim y Shanna, en retrospectiva, no serían más que el preludio, la precuela, el prólogo o lo que fuera, cosa que pienso, supongo, por haber tenido que ver tantas veces la tercera entrega de esas dichosas películas de superhéroes.

El caso es que, en cuanto deduje que el suelo se estremecía por culpa de Manny, me acordé también sin poder evitarlo de la pisada/socavón que había dejado en Oak, y tuve que pensar que no era ese el final que le deseaba a Danielle, ver cómo se abatía sobre ella un

pie gigante dispuesto a aplastarla.

—¡Ya estoy aquí! —grité con todas mis fuerzas, dentro del cine pero dirigiéndome a Manny, esperando que me pudiera oír a través del techo, sin importarme que los demás espectadores definitivamente pudieran oírme—. ¡Estoy en ello! —le dije, a él y a todos, supongo—. ¡No hace falta que tú hagas nada!

Después de aquello no es que se hiciera el silencio, exactamente, pero toda la gente que estaba murmurando, incorporándose y mirando en todas direcciones, extrañada, cabreada, no era más que una estática de fondo, lo bastante sutil como para que los alaridos de mi cabeza salieran de ella, no sé cómo, y se propagaran a mi alrededor: el antiguo sistema de sirenas antitornados bramaba a toda potencia, arooo, emitiendo un aullido atronador e incesante. Lo cual tenía todo el sentido del mundo, dado que habían puesto un rótulo de aviso en la tele cuando estábamos cenando, mientras yo estaba liado con la historia del siluro de mi padre, pero en Rockwall las alertas de tornado son algo habitual por la noche, por lo menos hacia el final del semestre de primavera.

Levanté la cabeza para aguzar el oído, para ver si se había producido algún cambio en la presión, si algún remolino imposible estaba aspirando todo el aire hacia las nubes antes de descargarlo como un mazazo sobre nosotros, pero en los altavoces del minicine solo sonaban martillazos y puñetazos, a los que había que sumar los gritos de una de las superheroínas, que acababa de descubrir los restos de la masacre de una colonia de extraterrestres pacíficos.

«Todavía puedes hacerlo», me dije.

Las sirenas antitornados en realidad no sirven de nada, ni siquiera avisan de la inminencia de ningún tornado, lo único que consiguen es que todo el mundo se altere y se dirija corriendo a sus sótanos y sus refugios. En serio, en toda mi vida solo he visto un embudo en contacto con el suelo, y eso fue en la otra punta de una planicie. Quizás, a lo sumo, un par de ratones de campo hubieran quedado despachurrados. O sea, con perdón, ratoncitos, que vosotros también sois importantes, pero es que esto iba a ser otra falsa alarma, para variar.

Lo cual, sin embargo, no evitó que las luces de la sala sé encendieran de golpe.

Y, para colmo de males, lo que me permitieron ver fue a Danielle, que estaba en el extremo de la fila, contemplando lo que los focos le permitían ver a ella: es decir, a mí. O, bueno, no a mí, exactamente, sino a un fulano que estaba tirado en el suelo detrás de su novio. Un fulano que, cuando le devolvió la mirada, tenía cara de maniquí. Salvo por los ojos.

Su mirada se despegó de mí para posarse en Steve, cuya cabeza colgaba del respaldo de la silla, probablemente con los ojos abiertos y secos, fijos en el techo, seguro que con una línea roja alrededor de su cuello.

Danielle soltó el refresco de cola que había salido a buscar y empezó a correr antes de que el vaso tocara el suelo siquiera.

Confieso que yo había empezado a llorar, más o menos, detrás de la máscara. En silencio, pero lloraba. No por Steve, a quién podría importarle ese tío, sino porque, desde que empecé a hacer todo esto, había empezado a imaginarme accidentalmente, más o menos, que cuando todo acabara Danielle despertaría por fin y me vería como era realmente, cosa que iba a ser el principio de todo. Daba igual que ella también estuviera en la lista de víctimas, que tuviera que sacrificarse si queríamos salvar a su familia de Manny. Era un sueño, ¿vale? O un deseo, más bien.

Aunque, por otra parte, ese deseo como que ya se estaba cumpliendo; lo que Danielle había hecho allí de pie, al final de la fila, era ver por fin mi auténtico yo. Solo que mi auténtico yo era el que había asesinado a Tim y el que, que ella supiera, probablemente había acabado con Shanna también.

El mismo que iba a ir a por ella ahora que se había quitado de en medio a su novio.

Planté una mano en el respaldo de una butaca para incorporarme, sin permitirme pensar en cómo la había criado su madre, esa madre que cubría dos turnos para pagar las facturas y esas cosas, ni en cómo su hermanita se arreglaba el pelo igual que Danielle, pero peor y mejor al mismo tiempo, como solo podría

hacer una niña pequeña.

No puedes permitirte el lujo de pensar en esas cosas cuando estás a punto de matar a una persona. Pero tampoco puedes dejar de volver a verla corriendo hacia la superficie rutilante del lago, con la falda cayendo al suelo tras ella, negra la tira del sujetador que le cruzaba la espalda, no verde brillante como cabría esperar, para hacer juego con las copas.

Haz las cuentas, haz las cuentas, me dije a modo de recordatorio, para infundirme valor.

Danielle tenía dos parientes, mientras que Tim tenía cuatro, cinco si contamos a su hermana mayor, pero bueno, y su madre y su hermanita no habían hecho nada para merecerse la ira de Manny, ¿a que no? Además, o sea, quién sabe, a lo mejor Marcy, la hermanita en cuestión, a lo mejor de mayor volaría hasta Marte e inventaría la primera vacuna contra la polio espacial o lo que fuera, y su madre la vería toda orgullosa en la tele, y Marcy hablaría al micrófono, para todo el mundo, y diría que lo hacía por su hermana, a la que todavía echa tanto de menos, en la que piensa aún a diario. Por su hermana, la que murió viendo una peli de superhéroes.

Me dirigí corriendo al final de la fila, pero tropecé y me caí en el pasillo, ya me faltaba el aliento, boqueaba detrás de la máscara para atrapar todo el aire con sabor a plástico que podía.

—Lo siento, D —dije, y me hizo cosquillas en los labios la vibración de mi voz contra la fina máscara, el sonido de mi voz, la voz de su mejor amigo. Una voz que consiguió detenerla.

Se giró con la cabeza ladeada, viendo el rostro de Manny, probablemente, e intentando que eso encajara con lo que acababa de oír.

—¿Sawyer? —dijo con una especie de paréntesis alrededor de los ojos, como si su mente estuviera atrapada en un circuito de espera, lista para pedirles a los labios que sonrieran de un momento a otro, que todo esto no era más que una broma pesada.

—¿Por qué no os vais a dar por saco al vestíbulo en vez de fastidiarnos la peli? —preguntó un tipo cualquiera, aunque su entonación, por supuesto, distaba de ser interrogativa.

Dejé que el lazo verde brillante se desenrollara en mi mano y parpadeé para disipar las lágrimas que parecían estar deslizándose por todo mi cuerpo.

Danielle dio un paso atrás, se tropezó con una mujer que buscaba la salida a toda prisa, convencida, seguramente, de que un tornado estaba a punto de golpearnos, o pensando tal vez que yo iba a acribillarlos a todos, pese a no llevar encima ninguna pistola. El caso es que se chocó con Danielle y está salió despedida de lado, incrustándose en las costillas la punta del reposabrazos de madera de una de las antediluvianas butacas del minicine. Se dobló sobre él sin dejar de mirarme, a seis largos pasos de ella.

Como no quería que se asustara más todavía, y como estaba seguro de que mi voz se truncaría de todas maneras, me traicionaría, me coloqué a su espalda, enrosqué la cuerda alrededor de su garganta, enredándole el pelo con ella, y tiré con fuerza hacia atrás para que fuese lo más rápido posible, lo menos doloroso posible para ella. Es lo menos que puede hacer uno por la persona de la que está enamorado en secreto.

Tiré con tanto ímpetu que le arranqué un mechón de cabello y su cabeza salió disparada hacia atrás, algo allí dentro crujió violentamente, diría yo que partiéndose, y al final su barbilla se abatió hacia adelante, hasta quedar apoyada en su pecho.

—¿Danielle? —conseguí murmurar entonces, o graznar más bien, con la máscara pegada ahora a su rostro.

Aún tenía los ojos húmedos, fijos, con las pupilas oscuras cada vez más dilatadas frente a lo que fuera que estuviese viendo, dondequiera que estuviese en esos momentos.

Me levanté la máscara hasta la frente y, por primera vez, a modo de despedida, la besé con ternura en la mejilla, despacio, le acaricié los labios con el dorso de mi dedo índice enguantado, y fue entonces cuando salí volando de espaldas.

Lo primero que pensé fue que me había demorado en exceso, que Manny había roto el tejado del edificio y me había atrapado con sus manos inmensas, pero solo era un espectador infectado de superheroísmo que pretendía enseñarle a su novia, o a su novio, o lo

que fuera, cómo se hacían las cosas.

Me levantó en volandas, mi máscara se enganchó en el pelo de Danielle o en algo, no sé, y volvió a colocarse sobre mi rostro casi perfectamente alineada, bloqueando tan solo la mayor parte de mi campo visual, y cuando me vio, el tío dio un respingo y tropezó con el extremo de una fila de butacas, donde acabó sentado como si estuviera listo para que continuara la peli.

—Lo siento, lo siento —dije dirigiéndome a él, a Danielle, a todo el mundo, y giré sobre los talones para correr hacia la puerta de salida tan deprisa como me lo permitían las piernas, llegué a la calle y seguí corriendo, buscando ahora el aparcamiento, a tres escaparates vacíos de distancia, donde la moto de mi padre me esperaba apoyada en su pata de cabra, con el cielo verde sobre mí y a mi alrededor, hirviendo con intención asesina.

Cara en Blanco nació en el informativo especial de esa noche.

—No —dije mientras usaba la lima de uñas de mi madre para ensanchar los ojos de la máscara—. Se llama Manny.

11

No cerraron el instituto con motivo de los funerales de Tim y Danielle, como habría sido comprensible que hicieran (no quedaba lo suficiente de Shanna como para enterrarla, y con el resto de su familia fallecida igualmente, ni siquiera había por quién enterrarla), pero tampoco pasaron lista aquel día.

Ignoro a quién se le ocurriría la brillante idea de celebrar aquel doble servicio, pero supongo que eso le ahorró a todo el mundo el tener que buscar vestidos negros y chaquetas y gafas oscuras de una ocasión para otra Así se mataban dos pájaros de un tiro, como decía mi padre cuando entrenaba a nuestro equipo de alevines.

El instituto en pleno y casi toda la ciudad estaban presentes allí, soportando el viento caliente y escuchando aquellos interminables discursos llenos de expresiones como «eran demasiado jóvenes», «ya han encontrado la paz» y demás, aunque muchos de los asistentes, en vez de prestar atención con los cinco sentidos, se distraían contemplando las nubes que se acumulaban en el horizonte. El tornado que disparó las alarmas mientras yo asesinaba a Danielle no había llegado a producirse, al final, pero uno no se podía confiar por aquellos pagos. Al menos eso era lo que todos decían, que más valía prevenir refugiándote en el sótano que lamentar volando por los aires y tal.

Como JR y yo éramos los únicos que quedábamos, tuvimos el privilegio de poder plantarnos en la primerísima fila.

Cuando todo el mundo te mira de esa manera, qué vas a hacer sino dejar que tu rostro se convierta en el de un maniquí, ¿no? Eso

hice yo, por lo menos. Cada vez que me humedecía los labios, veía a alguien que estaba esperando a tomárselo como una señal para empezar a llorar.

Yo ya no tenía más lágrimas que derramar, sin embargo. La noche aquella, después de lo de Danielle, había llorado hasta quedarme seco, y desde entonces, lo único en lo que podía pensar era que ya casi había acabado. Ya solo me faltaba una persona.

¿Era justo que JR fuese el último? O sea, habíamos encontrado a Manny en su arroyo. ¿Significaría eso que todo estaba volviendo al punto de partida, como tanto les gusta decir a los maestros, los entrenadores, los padres y demás, como si eso les confirmara que el mundo tiene sentido, que todo se rige por algún tipo de designio superior o lo que fuera?

Solo que, en realidad, me dije, él no iba a ser el último.

Si el barbero solo afeita a quienes no se pueden afeitar a sí mismos, etcétera.

Y allí yo era el barbero.

Estaba cerciorándome de que todo el mundo apareciera asesinado sin vuelta de hoja para que sus padres no tuvieran que cargar con la culpa de que su hijo, o hija, se hubiera quitado la vida él solito, o ella, pero ¿quién me iba a rasurar a mí las mejillas a la altura del cuello al final, eh?

No lo había planeado todo al milímetro, no.

Iba saliendo del paso noche a noche, más o menos. Amigo a amigo. Sabía que lo más probable era que ni siquiera llegase a asistir al entierro de JR. Si lo intentaba, todo el mundo formaría una cadena humana a mi alrededor para garantizar mi seguridad, ¿vale?, pero eso únicamente resultaría en más inocentes aplastados cuando Manny surgiera del lago y dejara caer su pie gigantesco…, quizá no sobre mí, pero cerca, donde le parezca que puede, no sé, agacharse o así y tenderme su mano de plástico duro para que yo trepe por ella.

Oh, eso sí que va a ser divertido.

Y eso iba con retintín, en efecto.

Cuando Manny se sumerja contigo en el lago, pienso sin poder evitarlo, esas manos serán la jaula en la que te ahogues.

Deberíamos haberlo dejado allí tirado, en el arroyo de JR. No pintábamos nada lanzándonos por aquella pendiente metidos en cajas. Tendríamos que haber estado, no sé, robando pollos de la barbacoa en algún patio trasero. Jugando con la consola, pescando, dándonos el lote, disparando contra pájaros carpinteros en peligro de extinción con escopetas de aire comprimido o mil cosas más.

Cada vez que les echaba un vistazo a los asistentes al entierro, que no paraban de mirarme a su vez, me esperaba ver algún rostro cubierto por una máscara de maniquí. No pensaría que se trataba de Manny (porque yo sabía dónde estaba y qué tamaño tenía), sino que, quienquiera que estuviese mostrándome esa cara en blanco lo hacía porque sabía que yo estaba fingiendo, que era el causante de todo aquello.

Nada más evidente cuando es uno mismo el que tiene las manos manchadas de sangre, ¿verdad? Es como si todo el mundo te estuviera observando. Como si todo el mundo estuviera esperando.

Sin embargo, aunque me pillaran, sería una sola familia la que se quedaría devastada, no cinco. Bueno, no cuatro, supongo, puesto que la familia de Shanna ya estaba devastada, literalmente.

No quiero tener que seguir haciendo cálculos, por favor.

Como tampoco quería hacer lo que sabía que tenía que hacer, que era acabar con aquello.

Podía ver los ojos de JR saltando de un sitio a otro tras su máscara de luto, como los míos. No quiero ni imaginarme lo aterrador que debe de ser saber sin lugar a dudas que tienes todas las papeletas para esa rifa de muerte y, al mismo tiempo, ser incapaz de ver la cara o las manos que le dan vueltas y más vueltas al bombo. Una cara de plástico, en blanco.

«Lo siento, JR», le dije en mi cabeza allí de pie, a su lado. Lo siento en el alma. Al ciento por ciento.

Lo que pasa es que… tú eres una sola persona, no toda una familia. Y a Manny le trae sin cuidado, tío. No creo que sea malo, tan solo muy grande y torpe, un gigante que se siente perdido. En *Frankenstein* (todavía no te lo has leído, ¿a que no?) no matan al monstruo. Acaba en el Ártico, con islotes de hielo flotando a su

alrededor, como si se fuera a quedar congelado, ¿vale? A dormir hasta que todo haya pasado.

Me parece que Manny va a hacer eso mismo. Solo que él va a hacerlo en el lago.

Que nosotros sepamos, podría haber estado haciendo eso mismo en el fango de aquel arroyo. Que nosotros sepamos, puede que un puñado de críos que viajaban en carreta o pertenecían a algún pueblo indio fueran sus mejores amigos hace cien años, hasta que por fin lo dejaron atrás al hacerse mayores ellos también, y él se limitó a quedarse esperando. Esperándonos.

Al principio fuimos perfectos con él. Lo éramos todo para él, ¿a que sí? Era el juguete ideal, hasta que dejó de serlo. Hasta que empezamos a burlarnos cuando alguno de nosotros le ponía un montón de ropas ridículas antes de dejarlo en el primer jardín que nos encontrábamos.

Pero él siempre se dejaba hacer.

Cómo lo queríamos al tío.

Y había sido cruel resucitarlo tan solo para gastar una broma, lo sé. Si no se me hubiera ocurrido, seguiríamos todos con vida, quiero decir, cursaríamos el último curso, nos graduaríamos y tendríamos una vida, niños, amantes y toda la pesca.

Por eso cargo con lo que tengo que hacer.

No es que sea culpa mía, exactamente, aunque un poco sí, según el prisma con el que se mire y todo ese rollo.

Total (eso era lo que estaba murmurando para mis adentros durante el entierro, y lo que me dije que JR se debía de estar susurrando también, a mi lado), total, que ni siquiera me apetecía seguir viviendo si todos mis amigos morían. Valía más la pena estar con ellos que sin ellos.

En el bolsillo interior de la chaqueta que me habían comprado especialmente para el funeral, dentro del forro al que le había hecho una raja en secreto, llevaba la máscara de maniquí. Por si acaso los adultos o quien fuera decidían que JR y yo necesitábamos pasar un rato a solas, visitar nuestros lugares preferidos tradicionales o cualquier cosa de esas.

Pero no.

Nos pasamos el resto de la jornada rodeados por un montonazo de gente.

Tuvieron que pasar ocho días antes de que pudiera quedarme a solas con JR.

Solo que fue entonces cuando se fue todo a la mierda.

12

El plan original consistía en organizado de tal manera que JR me invitara a dormir en su casa, donde yo «me lo encontraría sin vida», me daría un ataque de ansiedad tremendo, lloraría, chillaría y me refugiaría corriendo en el bosque antes de que nadie me pudiera interrogar de verdad.

Fue fácil organizar la quedada, después de que mi madre hiciera como seiscientas llamadas, toda paranoica, mientras mi padre se conformaba con asistir a todo el proceso desde su sillón, listo para intervenir, con su gesto más serio. Pero no podía ser de otra forma. El padre de JR, uno de esos preparacionistas chiflados que se pirran por las armas de fuego, estaba en paro en esos momentos, así que ni loco me atrevería a colarme en su casa. No cuando allí todas las puertas tenían candado, y las llaves que abrían esos candados seguro que estaban guardadas también con candado. Nada de ranitas de cerámica. A él le iban más las minas antipersona.

En cualquier caso, preparacionista o no, no se merecía que la mano gigante de Manny descendiera sobre él, ridícula e inútil toda su munición frente a un *kaiju* inmenso escapado de una tienda de ultramarinos. Y lo mismo para la madre de JR, enfermera, y Gwen, su hermanita. Quiero decir, nadie se merece que esa mano descienda sobre él, pero especialmente nadie se lo merece por el simple hecho de que JR sea hijo suyo, o hermano. No eran ellos los que se habían distanciado de Manny cuando acabó aquel verano, sino nosotros. Causa y efecto, tío, acción e inevitable reacción, una ley que nos estaba tumbando a todos como fichas de dominó.

Pero bueno, a lo que íbamos, esa noche debería haber salido de la siguiente manera: la primera parte consistía en esconder la tapa del distribuidor tanto de la furgoneta de mi madre como de la camioneta de mi padre, para que, cuando me internara corriendo en el bosque, ellos fueran los últimos en aparecer. Esto era fundamental porque no quería oír a mi madre llamándome a voces entre los árboles, ¿vale? ¿Qué hijo no se detendría al oír algo así?

Lo siguiente era ir a pasar la noche como de costumbre, como había hecho ya mil veces antes, con el padre de JR ofreciéndose a pasar a recogerme como siempre. Y también como mil veces antes, nadie registraría mi mochila en busca de ningún objeto que requiriera demasiadas explicaciones. Y aunque lo hicieran, ¿no? ¿Qué encontrarían ahí dentro, una máscara de Halloween de baratillo que seguramente solo llevaba encima por si me daba por llorar y no podía parar? Había echado una muda de ropa interior y una camiseta extra, como siempre insistía mi madre, un rollo de cuerda verde que debía de haberme sobrado después de hacer algún proyecto para el instituto y un cepillo de dientes envuelto en papel film porque no hay manera de que las bolsitas esas de plástico se cierren en condiciones. Ni cuchillos, ni pistolas, ni listas de qué hacer y cuándo, ni notas interminables explicando todo lo que había ocurrido a partir de aquella broma inicial en el cine.

O sea, la lista existía, por descontado, pero solo dentro de mi cabeza.

Así que, después de cenar lo que preparase el padre de JR, que seguro que era el manjar más delicioso del mundo porque le había dado por volcarse con la alta cocina desde que lo despidieron, como si tuviera que demostrar su valía en la mesa ya que no podía seguir haciéndolo en el concesionario, después de cenar, mi plan consistía en poner el DVD de la tercera entrega de la serie de superhéroes, alquilado a propósito para que todo diera la impresión de ser una noche cualquiera, como si nada pudiera funcionar si no reproducía esa película, como si, en realidad, ella fuera la causante de todo. No yo, la película. Si no existiera la dichosa película, quizá todos esos chicos aún seguirían con vida, ¿verdad?

Luego habría que esperar a que se le cerraran los ojos a JR, famoso por ser incapaz de aguantar una peli de dos horas sin pegar una cabezada, por no hablar de una épica historia de tres horas de duración que te obliga a tener las dos anteriores reproduciéndose en tu cabeza en todo momento, hasta que ya no eres capaz de recordar quién está vivo de nuevo y quién todavía está muerto.

Después de eso, ponerse la máscara y ver cómo su pecho sube y baja, sube y baja. Pensaba darme un momento para reconsiderar mi plan, sí. JR era el último que quedaba, o eso creía yo entonces, aparte de mí. ¿En serio iba a borrarnos a todos del mapa, sin más? ¿Como si no hubiéramos existido nunca?

Pero aquello no iba de nosotros, pensé, era lo que tenía que seguir recordándome incluso en ese momento. Iba de los hermanitos que aún necesitaban crecer, de los padres que nunca habían hecho nada malo, salvo las habituales e inevitables cosas de padres. Lo único que estaba haciendo desde lo de Shanna era salvar vidas a diestro y siniestro. La peli de superhéroes estaba en un DVD, vale, en mi mochila, pero también yo estaba dentro de una película, y mi papel era el de un superhéroe en concreto. No el que quiere todo el mundo, no, pero la vida real y la ficción no siempre coinciden. A veces los héroes de verdad deben sacrificar su propia leyenda, o su recuerdo, o incluso la vida, ¿no? A veces, que la ciudad entera te odie y pida tu cabeza es la única forma posible que tienes de saber que has hecho lo que debías. El hecho de que aún quede alguien con vida para odiarte y pedir tu cabeza ya es todo un éxito.

Total, JR. En vez de usar la cuerda brillante (no estaba seguro, en esa situación a puerta cerrada, de poder desembarazarme de ella, de evitar que alguien la comparase con el verdugón delator que rodearía el cuello de JR), lo que iba a hacer era estirar una de las perchas de alambre de su armario. ¿Sabéis esas que, a veces, la maquinaria de fábrica las corta de tal modo que se quedan tan afiladas como para enganchársete en la piel y desgarrarte un dedo como te descuides mientras cuelgas alguna camisa? Tantearía la barra en busca de una de esas y probablemente dejaría la camisa tirada en el suelo. Nadie iba a tener tiempo para prendas de ropa

desordenadas por la mañana.

Y luego, después de estirarla con los dedos y dejarla lo más recta posible, se la clavaría a JR en la oreja. O en la nariz. Según mis labores de documentación, las dos eran vías directas de acceso al cerebro. Me decanté por la nariz, al final, porque así se hacían antes algunas lobotomías (gracias, internet) y sabía que lo que fuera que tocas si empujas lo bastante arriba, lo bastante fuerte, deja al paciente manso con carácter permanente. Con un alambre en el oído ya no estaba tan seguro. A lo mejor lo único que conseguía así era raspar algunos recuerdos, o una lista de colores o cualquier cosa de esas, con lo que JR tendría tiempo de levantar las manos e intentar defenderse, echarme encima a su padre.

Así que nada, por la nariz. Y que no se me olvidara hacer un movimiento en espiral cuando perforase la membrana o lo que fuese que había en lo alto de ese conducto nasal, la clase de espiral que requeriría un juego de hombro completo para imprimirle el mayor movimiento posible al otro extremo de la percha, lo cual sería, no sé, como un gesto misericordioso o así. Porque estábamos hablando de JR. Y como las heridas serían internas, nada visible, a nadie se le ocurriría buscar la percha responsable oculta bajo la alfombra o en cualquier otra parte y yo me podría refugiar en el bosque como estaba previsto.

Solo que, por supuesto, nunca se me presentó la ocasión.

Y todo por culpa del padre de JR.

Ya estaba yo pasando la mano por encima de las elegantes camisas que JR guardaba en su armario cuando la voz de su padre retumbó por toda la casa para pedirnos que nos preparásemos, que iba a llevamos al cine, palomitas par a todos.

—¿Al cine de Shanna? —pregunté.

—Fate —dijo JR, y por fin lo entendí: el autocine de Fate estaba como a quince o veinte kilómetros al otro lado del bosque. A quince o veinte kilómetros del lago.

—Va-ale… —dije, empezando a verle más o menos la gracia al asunto.

—Escucha —dijo JR mientras subíamos a su habitación para

cambiarnos. Pegó la oreja a la pared que separaba su dormitorio del de sus padres y me pidió que hiciera lo mismo y escuchara con atención.

Al otro lado se oían… ¿unos chasquidos? Por un momento terrible no pude evitar imaginarme a su padre ensamblándose las piernas con ayuda de unos tacos de madera; a su padre, poniéndose un rostro humano arrancado de cuajo sobre el suyo auténtico, de maniquí; pero, por supuesto, la vida no es nunca tan complicada. La explicación más sencilla era que el padre de JR estaba preparándose para ir a la guerra, como de costumbre. Pistolas, cuchillos y hasta granadas, seguramente, que nosotros supiéramos. Su padre siempre había estado un poquito para allá y, desde que encontró la fe en la iglesia de las armas de fuego, en ningún momento había vuelto a acercarse un poquito más para acá. Sin embargo, yo sabía lo que intentaba demostrar con ellas en esta ocasión: que podía llevarse a los últimos de los cinco (porque eso éramos JR y yo), que podía salir con nosotros en público y mantenernos totalmente a salvo, y a la porra con las promesas que mi madre le había arrancado. Aquello era entonces. Esto era ahora.

O quizá quisiera demostrar que habían cometido una injusticia con él despidiéndolo, nunca se sabe. Pero tampoco es que antes hubiera sido guardaespaldas, ni profe de guardería. Lo que quiero decir es que me extrañaría que el trabajo de vendedor de coches incluyera enfrentarse a los malos. De hecho, presiento que, en el concesionario, lo más probable era que el malo fuese él.

En fin, supongo que ya lo entenderé todo algún día, no sé, a lo mejor cuando sea adulto.

El caso es que me dio un escalofrío de los de verdad, literal, cuando nos incorporamos a la cola del autocine, con los faros traseros pintándolo todo de rojo, y vi la peli que estaban echando. Era la misma a la que habíamos ido con Manny, la misma que estaba puesta cuando la ventana de Shanna se transformó en un camión, la misma que Tim había estado a punto de ver y la misma a la que Steve había llevado a Danielle, la misma que estaba en un DVD, en el bolsillo lateral de mi mochila, en la casa de JR.

Qué casualidad, ¿no? Antes de cada muerte, siempre la misma película.

A veces uno sabe que lo que está haciendo es lo único que puede hacer, sin sombra de duda. Que el mundo entero se ha conjurado para que lo hagas, en plan, no como si te estuviera dando permiso, sino guiándote más bien en la dirección indicada, dándote discretos empujoncitos y haciéndote señas inconfundibles, apartándolo todo para dejarte el camino lo más despejado posible.

Adelantemos la cinta hasta que el padre de JR sale del coche para explicarles a unos cuantos del último año que allí hay familias, familias con niños que no necesitan ninguna demostración práctica sobre el consumo de marihuana, JR y yo entre esos pobres críos tan impresionables, y la volvemos a pasar un poco más hacia delante para saltarnos las palomitas enviadas a nuestro coche, cortesía de un par de agradecidos papis de Rockwall, detalle que el padre de JR se tomó como el mayor de los insultos porque, si quisiera palomitas, podría pagarlas de su propio bolsillo, y nos saltamos un poquito también a la hermana de JR, Gwen, que se había quedado frita recostada contra su madre, un virus del sueño que se propagó por todo el asiento delantero, que afectó incluso al padre de JR, el cual debía de haberse tirado horas sacando brillo a las balas y limpiando cerrojos, practicando posturitas para disparar, haciendo efectos sonoros con la boca mientras su esposa intentaba engañarse a sí misma diciéndose que todo aquello cambiaría a mejor en cuanto el pobre encontrara otro empleo.

Y yo me quería quedar a solas con JR.

Había demasiada gente en todos los coches que nos rodeaban, demasiados testigos potenciales, testigos que ahora debía incluir en mis planes, ¿no? Con JR y yo juntos en el mismo sitio, Manny podría aparecer pegando pisotones de un momento a otro, dejando una estela de personas aplastadas por sus gigantescas pisadas. Muertes accidentales, víctimas inocentes, daños colaterales. Familias, como el padre de JR se había hartado de decirle a todo el que veía con un porro o una cerveza en la mano.

Quizás os estéis preguntando por qué me preocupan tanto o me

erijo en defensor de las familias, siendo como soy un adolescente y, por tanto, lo único que debería preocuparme es alejarme de ellas, pero ¿de verdad tengo que explicarlo? No es porque mis padres casi se separaran cuando yo estaba en sexto, que mi padre se columpiara con la Kawasaki, que mi madre cocinara todo lo que había en la despensa para luego tirar los platos a la basura, supongo que eso sería más o menos el mismo año que encontramos a Manny, por cierto, y tampoco es que Shanna se hubiera tirado dos años yendo a terapia a tercera hora porque su padre se había largado de casa. Todo tiene que ver con las matemáticas: una familia se compone, por lo general, de dos, tres, cuatro o cinco personas, y cada uno de nosotros era una sola persona. Cinco amigos todos juntos, sí, contábamos prácticamente lo mismo que una familia, según cómo se mire. Pero aun así, eso no es más que una familia muerta frente a otras cinco familias distintas, y ahí es donde las cifras inclinan la balanza. Fácil, ¿no? Lógico. Así debe pensar uno. Tendrían que darme una medalla por pensar así, o rodar anuncios de interés general conmigo como pensador ejemplar.

Total, que JR y yo nos escaqueamos por la ventanilla de atrás, escurriéndonos milímetro a milímetro durante veinte minutos o así, y confieso que se me escapó un poco el pipí cuando me las apañé para hacer demasiado ruido, no sé muy bien cómo, y el cuerpo entero del padre de JR sufrió un espasmo antes de que su mano se levantara con una pistola sacada de quién sabe dónde. Pero el caso es que todavía estaba dormido. La mano que empuñaba esa pistola descendió hasta chocar con el regazo de su mujer y allí se quedó. Y, o sea, por lo que a él respectaba si me hubiera puesto en el punto de mira, JR y yo solo íbamos al baño, sin ninguna intención aviesa detrás, ni oculta, ni asesina ni nada.

Aunque intenciones asesinas en realidad sí que había porque, veréis, los aseos están detrás de las taquillas, donde se alzan como seis escalones en sombra y todo un campo abierto a su lado. En una extensión de pasto que no le importa a nadie, y menos cuando todo el mundo está pendiente de ese peliculón tan mágico que tiene delante, podría pasar cualquier cosa, ¿verdad?

En el bolsillo delantero derecho llevaba mi fiel cordel luminoso, lo único que sabía que podía sacar de la casa de JR sin que a cierto papá paranoico se le fuese la olla y sacara la radio para pedir refuerzos aéreos, y además, supongo que la simetría, o la continuidad o como queramos llamar al hecho de que yo estaba usando la misma arma con todos, le confería un toque extra de autenticidad al asunto.

Y lo habríamos conseguido, además, sé que habríamos llegado a aquel pasto desierto y sombrío, pero entonces, mala suerte, resulta que el gerente del cine de Rockwall estaba haciendo cola para rellenar su cartón de palomitas o lo que fuera (para quejarse de la proporción tan descompensada entre el hielo y el refresco de cola de su vaso, lo más probable) y se dio cuenta de que lo estábamos mirando, y, para empezar, como que nos reconoció, ¿vale? Pero es que además sonrió como si fuéramos un regalo caído del cielo: allí estaban los gamberros que le habían fastidiado el fin de semana con su hijo, los que habían provocado que su negocio sufriera una innecesaria escasez de mano de obra, los que, la verdad sea dicha, nunca habían llegado a pagar por haberse colado. O no lo suficiente, al menos.

—Eh, oye, vosotros dos —dijo, empleando para ello un tono que hizo que todo el mundo se girase para mirarlo, primero a él y después a nosotros.

—¿Qué pasa? —replicó JR mientras daba un paso al frente como si tuviera ganas de pelea, como si, ahora que estábamos en terreno neutral, ahora que el gerente no estaba protegido por su aureola de poder, la contienda pudiera estar más igualada.

—Pasando —dije yo intentando alejarlo de allí, hacer el menor contacto visual posible en la escena para que, a lo mejor, a la gente se le borrara de la memoria.

Momento en el cual aquel gerente de un cine totalmente distinto, de una ciudad diferente, lanzó un silbidito seco y ensordecedor. Que no iba dirigido a nosotros, sino, de alguna manera, a la gran ventanilla alargada del puesto de comida para que los empleados se pusieran firmes allí, atentos al siguiente pedido,

con las manos, las bayetas y lo que fuera apoyadas en el mostrador pegajoso.

—Voy a tener que hablar con el encargado —dijo el gerente, mirando a todos aquellos empleados con cara de susto pero señalándonos a JR y a mí, consiguiendo, no sé cómo, retenernos en el sitio con aquellos dedos interminables pese a no tener la menor autoridad allí, en el autocine de Fate.

—No puedes… —empezó a protestar JR, empleando el mismo tono con el que se dirigiría a cualquiera que nos estuviera fastidiando en el parque o así, alguien de nuestra edad, pero el gerente ladeó la cabeza como si estuviera pensando: «¿En serio?».

Y JR cerró el pico.

—Me imagino que tendréis los resguardos necesarios para demostrar que esta vez sí habéis pagado antes de entrar —dijo el gerente, en cuya voz se ocultaba una sonrisa perversa.

—Vete a llamar a la ventanilla de mi padre y él te enseñará si tenemos lo que hay que tener —dijo JR, acercándose más todavía, poniendo esos ojos de loco que Danielle le había enseñado a poner, truco que ella había aprendido de su madre y, supuestamente, garantizaba que nadie iba a meterse contigo.

—Eso, sí, dime dónde está, que me gustaría tener unas palabras con… —intentó decir el gerente.

Lo que lo interrumpió fue precisamente el padre de JR, que se estaba abriendo paso a través del tumulto con una pistola en cada mano y los labios curvados en una mueca de instructor militar.

Se había despertado y había descubierto que sus dos custodios no estaban y probablemente corrían peligro.

—Ahora sí que la hemos cagado —dijo JR.

Y cuando uno tiene razón, se le da.

Como si todo el mundo estuviera siguiendo el mismo guión, la fila de las palomitas se convirtió en veinte personas que se desbandaban en otras tantas direcciones distintas («¡Está armado! ¡Está armado!»), la mayoría chillando, hiperventilando e intentando esconderse detrás de lo primero que pudieran interponer entre ellas y el padre de JR.

Es una buena reacción, ¿verdad? Sobre todo si tenemos en cuenta esa expresión de no-estoy-para-tonterías de los ojos del padre de JR, una expresión que parecía decir llevo-toda-la-vida-esperando-este-día. JR no había sabido poner ojos de loco, ahora me daba cuenta. Los genuinos ojos de loco eran aquellos, a juego con un tic en la mejilla y un par de índices crispados sobre sendos gatillos.

—¿A ti no te habían interrogado ya las autoridades? —preguntó el padre de JR mientras seguía avanzando hasta apoyar el cañón de su Glock en la cabeza del gerente como un dedo acusador.

—Yo…, me… —tartamudeó el gerente, seguramente esforzándose por regurgitar la misma coartada que los investigadores del crimen habían dado por buena.

Este era un tribunal superior, sin embargo. Un tribunal en el que solo se dictaban sentencias inapelables.

Detrás de nosotros, en la marea de coches, aumentaba la claridad conforme se abrían cada vez más puertas y se encendían cada vez más luces de cortesía. La gente estaba saliendo para ver qué ocurría en aquellas taquillas. Los teléfonos salían de sus bolsillos para documentar el proceso y subirlo a las redes sociales. Más de un portátil debía de estar chorreando y echando humo a la vez.

—Es posible que los polis de ciudad tuvieran las manos atadas por ciertas leyes y normativas concernientes a los derechos de los prisioneros —estaba diciendo el padre de JR, cuya pistola izquierda hizo un barrido buscando a quien fuese que acababa de acertarle en la espinilla con un vaso de refresco aún medio lleno. Se inspeccionó la pierna empapada antes de volver a mirar al gerente y añadir—: Pero aquí, en el pueblo, las reglas pueden ser un poquito menos…, cómo decirlo…, menos marqués de Queensberry.

Esa había sido la frase típica del padre de JR desde tiempos inmemoriales: en un callejón, hijo, a nadie le importa cuáles sean las reglas del marqués de Queensberry. Lo que cuenta es quién pega primero y con más contundencia.

Era una de esas cosas que se dicen y no suenan mal, incluso hacen que te sientas, no sé, como más valiente o algo de eso. Pero verlo llevado a la práctica era algo completamente distinto.

—Yo no, no fui, podemos… —farfulló el gerente, cuyo cuerpo intentó encogerse sobre sí mismo hasta desaparecer cuando sonó el estampido.

Pero no era que la Glock le hubiese metido una bala en la cabeza como él se temía, como él sabía que iba a ocurrir, sino la sirena antitornados que bramaba a lo lejos, un gemido interminable que crecía y crecía como si en el juzgado o donde estuviera hubiese alguien insuflándole aire con un cañón de aire comprimido. Sonaba como si en Fate solo tuvieran una sirena y esta se encontrara en pleno centro de la ciudad. Pero con eso bastaba.

Juro que fue como si el mundo se reblandeciera a mi alrededor. Como si se reblandeciera y se ralentizara, pero volviéndose también cada vez más rápido y atronador, y además todo a la vez.

—¡Fijaos en eso, mirad! —exclamó el gerente, apuntando con el dedo, y el padre de JR, que no habría aprobado ningún examen de prácticas de detención de sospechosos ni por asomo, pero, en fin, se giró para mirar a su espalda igual que los demás, y todos seguimos la trayectoria de un vagón de tren que surcaba el cielo como a cámara lenta, su silueta, más que nada, pero inconfundiblemente real. Aquello estaba pasando.

—No, no, todavía no —murmuré mientras empezaba a tirar de JR.

El caos se apoderó del autocine al instante. En un abrir y cerrar de ojos se encendieron los motores, los faros alumbraron en todas direcciones y comenzaron los accidentes, los coches daban marcha atrás para desengancharse entre ellos y provocaban más accidentes aún. Toda la formación, todos los simulacros en los que habíamos participado se fueron directamente al garete.

Habría sido el sitio perfecto para que apareciese muerto un chaval. Una vez más, lo sabía, el mundo me lo estaba sirviendo en bandeja, ¿verdad?

Tiré de JR hasta la oscuridad que se extendía junto a las taquillas, primero, después más allá, y entonces dejé que el cordel luminoso se desenroscara en mi mano como el objeto más perverso que se hubiera inventado jamás.

—¡Corred, corred! —gritó alguien detrás de nosotros, alguien que nos apartó de un empujón, que me apartó a mí de un empujón, tirándome a un lado.

Pero ya era demasiado tarde.

JR había visto el brillo en mis ojos. No era el reflejo de ninguna luz. Más bien todo lo contrario.

—¿¡Tú!? —dijo—. ¿Ibas en serio con todo…, con todo eso?

—Manny está aquí —repliqué, poniendo los brazos en cruz para abarcar el desastre aleatorio que nos rodeaba, y luego, con movimientos muy lentos, como si pretendiera hipnotizarlo, metí una mano dentro de la camisa y saqué la máscara de maniquí, aunque ya era demasiado tarde como para no darse cuenta de que era yo el que siempre había estado debajo.

—¿Lo llevas en el bolsillo? —dijo JR, que seguía sin creérselo lo suficiente.

—Está en todas partes —dije, bajando el rostro hacia la máscara. Para cuando miré a través de aquellos agujeros para los ojos, notando la opresión de la cinta elástica en la cabeza, JR ya se alejaba corriendo, adentrándose en aquella ventolera que yo sabía que no era tal, sino Manny. El mismo Manny que debía de haber lanzado aquel vagón por los aires, víctima de una frustración tan pura que debía de haber aumentado su tamaño más todavía, el mismo que debía de estar, no sé, juntando las palmas de golpe como en aquella peli de superhéroes, provocando un huracán.

Caminé detrás de JR con zancadas largas y lentas, como un buen asesino, demasiado digno para rebajarme a correr, y rodeé el puesto de palomitas siguiendo su pista. Me sacaba poca delantera porque estaba corriendo en la dirección opuesta a todos los demás, porque… todo el mundo se cruzaba con nosotros porque, detrás de ellos, la inmensa y brillante pantalla del autocine estaba desmoronándose, reduciéndose a grandes pedazos que volaban en todas direcciones. No era un solo panel gigantesco, como supongo que siempre había pensado por defecto, sino más bien una amalgama de trescientas láminas de contrachapado distintas pintadas de blanco.

Sabía que aquello era obra de Manny.

Estaba detrás de la pantalla, haciéndola pedazos, decidido por fin a acabar con todo el mundo porque JR y yo estábamos en el centro de aquel sitio, atrayéndolo.

—¡Espera, espera! —le grité a Manny, al concepto de Manny, y entonces fui yo el que empezó a correr, anticipando de alguna manera la trayectoria de aquellos cuerpos que se abalanzaban sobre mí para apartarme de su camino. Alcancé a JR justo delante del parque infantil, emplazado lo bastante cerca de la pantalla como para no impedirle a nadie disfrutar de la peli. Habíamos jugado allí de pequeños. Todavía conservaba una cicatriz dentro de la nariz, recuerdo de los puntos que me habían tenido que dar cuando a JR se le ocurrió bajarme a empujones de las barras de monos. Esta vez era él el que se iba a estrellar contra el suelo.

Apoyé las rodillas con fuerza en su espalda, el cable luminoso le rodeaba ya la garganta, en mis manos los mangos de joystick, y empecé a tirar con todos los músculos que tenía, con todos los kilos que tenía, con todos los deseos y remordimientos que tenía, y la peli de superhéroes parpadeaba en los contados trozos de pantalla que resistían aún, y, y detrás de ellos, entre los tablones negros o lo que fuera, vi un destello de piel de color tirita, y luego, a través de otra parte de la pantalla, un ojo gigante, pintado, que intentaba capturar las imágenes del proyector.

—¡Mira, mira! —le grité a Manny mientras tiraba aún con más fuerza, sintiendo por fin el mismo crujido que había sentido a través del cordel con Danielle—. ¡Lo estoy haciendo! ¡Lo estoy haciendo! —Pero la única respuesta que obtuve no fue de Manny. Lo más probable es que ni siquiera pueda hablar. Me figuro que sus labios son incapaces de despegarse para formar las palabras.

La persona que habló estaba a mi espalda.

Y lo que dijo fue:

—Sé que todo esto es obra tuya, Sawyer Grimes.

Al principio me temí que fuera mi madre, o la madre de JR. ¿Quién si no usaría mi nombre completo de esa manera? Pero la idea de que cualquiera de ellas me viera encorvado sobre el cadáver

de JR, con las manos iluminadas de culpa, hizo que me escocieran los ojos.

Me giré, listo para escabullirme como el perro miserable que era, solo que…

No era ninguna mamá, no era nadie que yo me hubiese podido esperar, ni por asomo.

¿Shanna?

—¿Qué? —dije sacudiendo la cabeza, negándolo todo, porque si ella aún estaba con vida, eso significaba, significaba…

Negué con la cabeza una y otra vez, no, no podía ser ella.

Solo que sí lo era, ¿verdad?

Aquella carne hecha picadillo en su casa arrollada no había sido la suya, únicamente la de sus dos perrazos enormes, la de su madre y su hermana.

Y en cuanto a ella, pues…, pues habría salido volando por los aires, supongo, habría aterrizado entre los árboles, amnésica durante un par de semanas, reducida a alimentarse de lo que conseguía robar en algún coche abierto, en algún patio trasero. Pero sí que era Shanna, la más dura de todos nosotros, siempre, la joven exploradora definitiva. Y… esa camisa para jugar a los bolos que llevaba puesta era la de mi padre, de cuando tenían un equipo en el curro. La que estaba en el baúl de los disfraces de nuestro antiguo fuerte, oculto en la espesura detrás de Holy Trinity.

Allí había estado viviendo. Porque no tenía familia. Porque alguien estaba masacrando a todos sus amigos.

Se me anegaron los ojos de lágrimas antes incluso de poder subirme la máscara.

—Estás…, estás viva —le dije.

Respondió corriendo directamente hacia mí y yo me senté en el suelo, listo para fundirme en un abrazo con ella. Pero entonces, en el último momento, antes de que pudiera suceder nada de eso, su rodilla cortó el aire hasta impactar en mi cara, arqueándome la cabeza hacia atrás, lanzando por los aires todo mi cuerpo.

—No, no —murmuré cuando pude, tendiéndole una mano de la que aún colgaba el cordel luminoso, intentando hacerle entender—.

Yo no… Pensaba que Manny te había matado, ¿vale? Pensaba que habías sido la primera. Pero, pero solo estaba haciendo esto porque…, porque, de lo contrario, pues él…, él… Matará a nuestras familias, Shanna, aunque no sea a propósito, sin darse cuenta, por accidente. Pero, pero yo solo he estado, desde que tú te… He estado salvando a todo el mundo, ¿no lo ves? A sus familias, quiero decir. La de Danielle, la de Tim…

—La de JR —concluyó ella, con el aludido prostrado sin vida a sus pies.

Me enjugué la nariz ensangrentada, aunque así únicamente conseguí despejar el camino para que la sangre siguiera brotando.

Asentí con la cabeza, sí, la familia de JR también, a ellos los había salvado igualmente.

—¿Y la familia de Steve? —añadió Shanna.

—Él no cuenta —dije, sorbiendo en la medida de lo posible—. Da-daño colateral.

—¿Como lo que iba a hacer Manny con nuestras familias, quieres decir? —Shanna avanzó un paso con los puños apretados contra las piernas, puños que eran para mí, y por fuera yo seguía meneando con la cabeza, no, no. Pero, por dentro…

Shanna también había sido siempre la más lista de todos nosotros.

Tenía razón.

No solo imitaba el aspecto de Manny, sino que me había transformado en él.

Y, y, si él no la había matado, entonces, ¿habría querido matar a los demás? Si retiras la primera ficha de dominó, ¿se quedan las otras de pie?

Pero, pero: había salido del cine por su propio pie, ¿no?

—¡Lo vi salir de la peli! —le dije a Shanna, incorporándome para enfatizar mis palabras.

—No sé lo que viste, pero no era él —replicó ella, pegada a mí ahora—. ¿Sabes por qué lo sé, Sawyer? ¿Primito? ¿Quieres que te lo explique?

Retrocedí para apartarme de ella, de todo esto, con las manos en

la tierra, y seguía negando con la cabeza, no, no, no me hacía falta escuchar nada acerca de los maniquís que había en el cine, en objetos perdidos, no me hacía falta escuchar nada acerca de los maniquís con viseras verdes que había en la sala de descanso del personal, no me hacía falta escuchar nada ni remotamente parecido a todo aquello, gracias pero no.

—¡Eso es mentira! —grité, con la saliva formando una nubecita frente a mi rostro porque estaba volcando todo mi ser en aquellas palabras, desesperado por convertirlas en realidad.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo —dijo ella, y en un acto de pura autodefensa, tan solo para cerrarle la boca y silenciar sus mentiras, proyecté la mano hacia delante como impulsada por un resorte, la mano en la que todavía estaba enrollado el cordel luminoso, y Shanna lo vio venir porque resplandecía, había absorbido toda la luz de la película, pero no pudo esquivarlo.

El mango del joystick le dio en los ojos, un poco más en el izquierdo, me parece, cegándola el tiempo justo que yo necesitaba para salir corriendo entre los objetos que Manny estaba arrojando en todas direcciones, con el suelo temblando literalmente a causa de los pasos gigantescos que atronaban ahí fuera, en el pasto. Corrí y corrí, sin aliento, me caí y volví a levantarme y, lo peor de todo, con qué fui a tropezarme dos o tres filas de coches más allá sino con la moto de mi padre, qué casualidad. Con la Kawasaki hecha polvo, tumbada en el suelo como un caballo que supiera que lo iba a necesitar para alejarme de allí a galope tendido.

En medio de toda aquella vorágine de caos y muerte, de los alaridos y los destellos enloquecidos, mis facciones se tornaron tan inexpresivas como la máscara que llevaba puesta. No solo por haber visto aquella motocicleta otra vez, sino porque estaba oyendo de nuevo las seiscientas llamadas cargadas de paranoia que se habían cruzado entre la casa de JR y la mía. Llamadas relacionadas con la noche que yo iba a quedarme a dormir allí.

Lo que había ocurrido, lo que debía de haber ocurrido, era que habían llamado al móvil del padre de JR, habían averiguado por fin dónde estábamos y, tras mucho mesarse los cabellos, sufrir algún

que otro ataque de pánico y jurarse no volver a confiar en el padre de ningún otro chiquillo, habían cogido el único vehículo del que disponían, con eso de que tenían dos tapas de distribuidor enfriándose en el arcón del garaje. Así que…, así que mi madre se había abrazado a la espalda de mi padre, este le había metido gas a esa máquina letal que iba a salvarme la vida y habían volado hasta el autocine para rescatarme de quienquiera que estuviese asesinando a mis amigos, de los cuales, seguramente, yo iba a ser el siguiente.

Dondequiera que estés, mamá, lo siento. Joder, lo siento muchísimo.

Enderecé el contrecho armazón de la moto, pulsé el botón de encendido y solo miré atrás cuando oí que alguien gritaba mi nombre.

Era mi padre.

Sus galas habían volado, tenía el pelo de punta y la camisa hecha jirones, todo ello obra de la devastación que Manny estaba sembrando, de la devastación que ni siquiera tenía por qué estar ocurriendo.

En esos momentos, me imaginé, estaría apisonando el parque infantil y las taquillas a su colosal y patosa manera, intentando capturar a Shanna bajo la cúpula de sus dos manos juntas, como el que atrapa una lagartija. Ella había querido intervenir y convertirse en la última superviviente, la chica que saca fuerzas de flaqueza y se alza con la victoria en el último momento, pero, venga ya, ¿no?

Si ya estaba muerta.

Lo cual me dejaba a mí solo.

—¡Tengo que irme! —grité a través del vendaval para que me oyera mi padre, abrasadoras las lágrimas sobre mis mejillas bajo la máscara, pero habría tenido que darle demasiadas explicaciones, había demasiadas vidas en juego como para enfrascarse en despedidas sensibleras ahora, de modo que solté por fin el cordel luminoso, que un golpe de viento enredó directamente en la espinilla de mi padre, y cuando este agachó la cabeza para mirarlo, reconociéndolo tal vez por lo que era, lo que había sido, di un paso atrás alejándome de él, alejándome de todo aquello, y los 750 c.c. de

la moto aullaron como no habían aullado en su vida y salí derrapando de allí, virando a derecha e izquierda para esquivar en el último segundo a los espectadores que intentaban ponerse a cubierto de la feroz tormenta que Manny estaba conjurando a nuestro alrededor. Bajé por una fila y subí por otra, siempre con la intención de salir a la carretera, pero no paraba de encontrarme con vallas y coches entrelazados, con gente que corría de un lado a otro. Me puse de pie sobre los estribos para otear los alrededores como un perrillo de las praderas y por fin vi el acceso, cerrado por un brazo de madera pintado como esos cilindros que dan vueltas en la puerta de las barberías.

Apoyé el culo en el asiento de nuevo y devoré la distancia como un cohete hasta hacer pedazos la barrera como si mi vida fuera una peli, con el manillar envuelto en una explosión de astillas que no consiguió derribarme como seguramente habría ocurrido de no ser porque en alguna parte debía de estar escrito que no fuera así.

Salí al asfalto de la carretera del aeropuerto sin faro, en plan, como que ya había terminado de soltarse del todo, y debí de poner la moto a ciento treinta, no sé. No había ido tan deprisa ni había tenido tanto miedo en mi vida. Notaba como si de un momento a otro mis pies pudieran escurrirse de los pedales, la moto seguiría circulando a toda velocidad y yo me quedaría agarrado al manillar por los pelos, con las piernas ondeando como un banderín en el aire.

Cuando divisé el lago, diez minutos de mosquitos despachurrados más tarde, apagué el motor y dejé que la inercia me llevara hasta el aparcamiento del cine. El cine de Shanna. Aparqué justo contra la acera, donde una regordeta flecha amarilla pintada en el suelo me indicaba el camino. El mundo continuaba poniéndome las cosas fáciles, por si acaso se me ocurría echarme atrás ahora, en el último momento.

Pero eso no iba a pasar. No después de todo lo que había tenido que hacer para llegar hasta aquí.

Sesenta interminables pasos más tarde estaba en el muelle, el embarcadero o lo que fuera, y como sabía que no podía ser de otro modo, alguien que vivía en la orilla opuesta del lago se había

acercado a cenar en Dodies en su bote de remos, bote que todavía estaba amarrado en su sitio.

Dos minutos después era yo el que remaba, Manny.

Sé que cuando hayas terminado de hacer lo que tienes que hacer en el autocine, cuando el sol salga de nuevo sobre nuestra ciudad, cruzarás los pastos como una montaña ambulante, haciendo que el mundo entero tiemble, pasando por encima de los edificios, agachándote bajo los cables de alta tensión, y cada pocos pasos (lo siento) deberás hacer una pausa para afianzar las partes que componen tu pierna. Por los tacos que usamos contigo.

Pero acércate al agua, Manny. Entra en el lago.

En el agua, esos tacos pueden hincharse, pueden sujetar en su sitio las piezas que forman tu pierna, ¿verdad?

Y, por el camino, cuando te estés sumergiendo en el lago, levantando unas olas inmensas delante de ti, lo bastante grandes probablemente como para barrer los coches del puente, verás a uno de tus viejos amigos aquí fuera, esperándote, meciéndose como una boya, con una cara de plástico de lo más agradable y los labios pegados al igual que los tuyos, con las manos aferradas al costado de su diminuta barquita.

Soy yo.

Y lo que llevo en el bolsillo, además, es el resguardo que Tim no pudo enseñarle al gerente la noche que volviste con nosotros. Sin embargo, esta ya no es la entrada de esa película. Todo ese rollo de los superhéroes ya es agua pasada. Lo que quiero ahora, lo que necesito, el porqué de esta entrada tan especial es… Por favor, ¿puedes llevarme contigo? Creo que aquí ya he terminado con todos, salvo conmigo. Me gustaría, si puedo, si me lo permites…, me gustaría irme contigo y dormir, esperar hasta que el siguiente grupo de niños nos haya encontrado, el maniquí de las piernas que se desmoronan y el chico maniquí que lo acompaña, con las facciones borradas de placer, anticipando toda la diversión que lo aguarda.

Nos pasaremos el verano entero jugando, lo sé. No se acabará nunca.

No se podrá acabar mientras tú y yo estemos juntos, mientras

nos tengamos el uno al otro.

Te quiero, Manny. Siempre te he querido.

Tío, eres el mejor amigo que se podría pedir.

A veces se deben hacer sacrificios, claro, pero todo eso ya ha terminado. Se acabó.

Que salgan ya los créditos, por favor.

Agradecimientos

Gracias a Larry Dobbs y a mi hermano Spot por echarme un cable en el último momento, como siempre, y ayudarme con Rockwall. He estado allí muchas veces a lo largo de los años, pero sabría muy pocas cosas si no fuese por ellos. De todas formas, en fin, me he tenido que inventar un par de cosas para que funcionara el conjunto. Perdóname, Rockwall. Gracias a Ellen Dadow por darle cohesión a la historia. Solo me hizo una pregunta o dos, como siempre, pero bastaron para alterar drásticamente la dirección del segundo borrador y conseguir que todo encajara en su sitio. Y no, no me he encontrado nunca con ningún maniquí en los pastos donde me crie. Había de todo allí fuera, en los llanos, pero los maniquís brillaban por su ausencia. Gracias también a todos los cómics de los X-Men con los que me crie. En medio de aquella infinidad de números hay una viñeta en la que un Centinela gigante e inexpresivo está agachándose casi hasta rozar el suelo para atrapar a un mutante. Hace veinte, treinta años, estudié aquella viñeta una y otra vez, sin cansarme. Me fascinaba el rostro del Centinela. Y me daba miedo, también. Los reutilizo en esta obra con todo el respeto del mundo, quiero decir, porque no quiero que vengan a por mí. Lo que equivale a decir, supongo, que todavía me siento como si fuera un mutante, tanto tiempo después. Pero la novela *Wolf in White Van*, de John Darnielle, también ocupaba mis pensamientos mientras escribía esta historia. Al igual que Will Christopher Baer, quien una vez dijo que tenía facilidad para captar la intensidad de la adolescencia, lo cual me imagino que debía de ser un cumplido. Imaginémonos que lo

era. Porque, de lo contrario, eso significaría que no he evolucionado nada desde el instituto. Y un agradecimiento así de gordo a Rane y Kinsey, mis hijos, fans hasta la médula de las pelis de miedo: se han criado con ellas, las vemos juntos, les gusta comentarlas conmigo y siempre están dispuestos a aguantar una más. Y por último, gracias también a mi esposa, Nancy, que no es nada fan de las pelis de miedo pero me deja seguirla por toda la casa mientras le hablo de una o de otra, o de lo que sea que esté escribiendo en esos momentos, de cómo lo voy a conseguir esta vez, de verdad. Estoy seguro de que no se deja engañar, de que sabe que esto nunca se va a acabar por completo, pero seguirla por toda la casa hablando de *slashers*…, tío, si eso no es un sueño hecho realidad, pues ya no sé qué podría serlo.

STEPHEN GRAHAM JONES (Midland, Texas, 1972). Es autor de más de quince novelas y seis antologías. Ha recibido numerosos premios, entre ellos: el Bram Stoker, el Shirley Jackson, el Texas Institute of Letters for Fiction, y el Mark Twain American Voice in Literature. También ha conseguido entrar en la lista de las diez mejores novelas del año de Bloody Disgusting. Ahora vive en Boulder, Colorado, con su mujer y sus hijos.